

Las Visiones de Juan en Patmos

Apocalipsis Capítulos 17 al 22

*“Yo soy la raíz y el linaje de David,
la estrella resplandeciente de la mañana”
Apoc.22:16.*

CONTENIDO

*	<i>Capítulo 17</i>	<i>Pág.</i>	<i>2</i>
*	<i>Capítulo 18 al 19:1-4</i>		<i>7</i>
*	<i>Capítulo 19:5-10</i>		<i>12</i>
*	<i>Capítulo 19:11-21</i>		<i>16</i>
*	<i>Capítulo 20:1-10</i>		<i>21</i>
*	<i>Capítulo 20:11-15</i>		<i>25</i>
*	<i>Capítulo 21:1-8</i>		<i>28</i>
*	<i>Capítulo 21:9-27</i>		<i>33</i>
*	<i>Capítulo 22:1-5</i>		<i>41</i>
*	<i>Capítulo 22:6-15</i>		<i>45</i>
*	<i>Capítulo 22:16-21</i>		<i>49</i>
*	<i>Resumen y Conclusión</i>		<i>54</i>

APOCALIPSIS 17.

Al final del capítulo anterior, en conexión con la última copa, se nos dice que *“la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira”*. Y ahora, antes de que los detalles específicos de su juicio sean descritos (Apoc.18), se nos retrata su carácter moral y su conexión con el poder civil, y esto es retratado con tal claridad de modo que su identificación es fácil, más allá de la posibilidad de equivocación, para quienes no están cegados a causa de prejuicios e ideas preconcebidas, y que se sujetan a la palabra de Dios.

Juan dice, *“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; ² con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación”* (v.1-2). Entonces, desde el v.3 al v.6 tenemos en detalle lo que Juan vio cuando fue llevado por el ángel *“en espíritu al desierto”* (v.3). Después, desde el v.7 hasta el final del capítulo tenemos la propia interpretación del ángel de la visión registrada.

Primero que nada, podemos ocuparnos de la doble descripción de Babilonia como “gran ramera” y como la “mujer”. En Apoc.21:9 también tenemos a uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, etc., quien dice a Juan, *“Ven hasta aquí, y yo te mostraré, la esposa del Cordero”*, el contraste propuesto es demasiado evidente para que escape a la atención, y enseguida revela el significado de la expresión “la gran ramera”. De este modo, aprendemos, más allá de toda duda; que lo que demandaba ser la esposa de Cristo era moralmente, conforme a Dios, una gran ramera. El v.2 de nuestro capítulo explica esto, la forma de su “fornicación” con los reyes de la tierra, y añade además que ella había intoxicado a los habitantes de la tierra con el vino de su especial pecado. La iglesia de Dios, la esposa del Cordero es celestial en su origen, carácter y esperanzas; pero aquella que había usurpado su título había venido a ser completamente terrenal, había venido a ser un poder en medio de los poderes del mundo, habiendo hecho alianzas con ellos, o reducido a ellos a sujeción, y por eso se había corrompido a sí misma y a aquellos con quienes había entrado en asociación. Por ello, también, ella cegaba y engañaba a los habitantes de la tierra con el vino de su intoxicación, permitiéndoles, bajo la aprobación de su asumida autoridad, la satisfacción de cada codicia de la carne. Corrompida en sí misma, ella corrompía la palabra de Dios, y había venido a ser la corruptora de todos aquellos con los cuales ella había entrado en contacto. Ella es, además, presentada como una “mujer”; y el ángel dice claramente *“Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra”* (v.18). La iglesia, como hemos visto es la esposa, la esposa del Cordero; pero lo que Juan vio, cuando el ángel la describió, fue *“Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”* (Apoc.21:10). Esto nos presenta otro contraste. La iglesia es celestial, y la “mujer” es una ciudad terrenal. En ambos caracteres por tanto Babilonia imita

a la Jerusalén celestial. Esto nos ayudará a comprender el significado de la “mujer”. Ella es un sistema, la expresión de un sistema, un centro que reúne y presenta todos sus principios en una forma organizada. Estamos enterados con este simbolismo aun en nuestra forma de hablar diaria. Decimos, por ejemplo, que una persona ha ido a Roma, significando por eso que ella se ha unido a la iglesia papal.

Antes de proseguir más lejos, aclarará nuestro camino si tratamos de responder claramente a la pregunta en cuanto a qué sistema es indicado bajo la figura de la mujer. En adición a lo que se ha dicho, que en sí mismo es suficiente para suplir una respuesta, tres cosas, nombradas en este capítulo, pueden ser consideradas. En el v.9 leemos, *“Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer”*. Sería tiempo perdido mostrar, lo que se ha probado indisputablemente miles de veces, que Roma siempre fue conocida como la ciudad de los siete montes. No podría, de hecho, haber una explicación más directa dada acerca de que Roma es la ciudad tenida aquí en vista. Nuevamente, en el v.15, se dice, *“Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”*. El significativo cambio debe ser notado del término “mujer” en el v.9 a la “ramera” aquí usado. Cuando es cuestión de localidad, identificada con el sistema, “mujer” es la palabra empleada; pero vista en conexión con las variadas razas y divisiones de pueblos que reconocen su dominio, tenemos la palabra “ramera”, para dar prominencia a su carácter corruptor. Si, entonces, la ciudad de Roma es claramente la que está en vista en el v.9, aquí es el hecho de su casi universal dominio a lo que nuestra atención es llamada. Finalmente, en el v.18, se dice que la “mujer” no es otra que la gran ciudad, que reina sobre los reyes de la tierra. Cada estudiante de historia sabe que este hecho es exactamente lo que Roma hizo en la edad media. Demandando ser los vice regentes de Cristo sobre la tierra, los papas siempre confesaron su título o derecho a la soberanía sobre los reyes del mundo, y aun ahora, aunque en gran extensión las naciones se han rebelado contra sus arrogantes demandas, que ella todavía hace. Pero el lector recordará que es todavía futuro el tiempo cuando ella corresponderá completamente con este retrato que se nos presenta en este capítulo, no olvidando, al mismo tiempo, que el carácter moral de Roma ha sido el mismo en todas las edades¹.

¹ Puede ayudar al lector si el contraste de arriba es presentado aun en una forma más clara. La iglesia es vista, en los últimos capítulos de este libro, como la esposa de Cristo, y como una ciudad, la santa ciudad, la nueva Jerusalén. Babilonia, como la obra maestra de Satanás, es también una ciudad, y que demanda ser una esposa. Finalmente, ella es una expresión de un sistema religioso, y aquí es llamada una ramera, *“la madre de las rameras y abominaciones de la tierra”*. Este es su carácter moral a los ojos de Dios. Como una ciudad, Babilonia es el asiento de la administración en gobierno, como leemos en el v.9. *“las siete cabezas”* (de la bestia v.3) *“son siete montes”* (una descripción como se explica en el texto que señala claramente a Roma), *“sobre la cual se sienta la mujer”*. El último esfuerzo de Satanás para engañar los ojos y los corazones de los hombres, antes de la aparición de Cristo, estará de este modo en la formación de Babilonia, una imitación de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén: pero aquí en este capítulo, sus engaños son expuestos para todos aquellos que tienen ojos para ver, y oídos para oír.

Ahora podemos proseguir adelante, con más inteligencia, y considerar los detalles. Debemos notar primeramente que el “desierto” es la escena de la visión, un desierto moral, donde, para tomar prestado el lenguaje, nada brota para Dios; y este desierto debe ser considerado, así como el resultado de la influencia de la mujer y la bestia. Es en tal lugar del que Juan escribe: *“Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos”* (v.3) La bestia, ya lo sabemos por Apoc.13:1, y el lector puede ser referido a nuestros comentarios allí; pero enseguida nos llama la atención la clara descripción dada aquí por el ángel. *“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será”* (v.8). El imperio Romano estaba en pleno vigor en días del apóstol, el imperio que era prefigurado por la cuarta bestia que vemos en Dn.7:7, y que debe estar en existencia a la venida del Anciano de Días (v.22). En el momento presente este imperio “no es”; y por nuestro capítulo aprendemos que este existirá, y debe cumplir la predicción de Daniel. Pero reaparecerá como teniendo un origen diabólico, ascenderá del pozo del abismo, y será blasfemo en su carácter (v.3). Se nos da información aún más precisa. La bestia tiene siete cabezas, formas de poder, representadas en el v.10 como reyes, de quienes cinco han caído en los días de los apóstoles. Uno estaba existiendo, *“y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo.”*¹¹ *La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición”* (v.10-11). Si Napoleón I, es, como a menudo se ha sugerido, aquel que debiese ser el séptimo, queda uno por aparecer, la “bestia” para cumplir la profecía².

Esta es entonces la terrible forma del poder gubernamental encarnada en el reavivado imperio Romano, que llenará las mentes de todos, excepto la de los santos elegidos de Dios, con asombro y admiración. ¿Qué mayor prueba podría darse de lo que es el hombre que el hecho que su ideal de gobierno será uno satánico?

Antes de considerar otras características de la “bestia”, nos volvemos a la “mujer” y su relación con ella. En el v.3 vemos a la mujer “sentada” sobre la bestia; es decir, que lo que la mujer representa, el Papado en su pleno desarrollo después del arrebatamiento de los santos, estará aliado y es sustentado por el poder del mundo. Ella es llevada y transportada por el poder del resucitado imperio Romano. Este es el principio de todas las iglesias-estados, solo que aquí se ejemplifica en sus más groseras formas a causa del carácter de la “mujer”. Primero su vestido es especificado: *“la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación;”* (v.4)

² Las cinco formas de poder gubernamental que han pasado parecen ser: reyes, cónsules, dictadores, decenviros, militares tribunos. Los Cesares estaban existiendo entonces. Esto dejaría, como se ha señalado arriba, a Napoleón, y a la bestia de Apoc.13.

¡Qué contraste con la esposa del Cordero! A ella le fue concedido que se vistiese con lino fino, blanco, y resplandeciente (Apoc.19:8); pero esta usurpadora está vestida con la belleza y el esplendor terrenal, estos dos colores señalan la gloria terrenal e imperial, y adornada con piedras preciosas y perlas, todo aquello que tuvo su lugar simbólico en el Judaísmo, en aquello que desde la cruz es divinamente descrito como los elementos del mundo, y que por tanto en sí mismos contienen la completa negación del origen y carácter celestial de la iglesia. Ella tiene, además, una copa de oro en sus manos, llena de abominaciones con las cuales seduce y corrompe a las naciones de la tierra.

Después leemos: “y en su frente un nombre escrito, un misterio: **BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA**” (v.5). Por “misterio” comprendemos que esto no había sido revelado antes, y que esto era algo que no podría haber sido comprendido sino por medio de esta explicación divina. “Babilonia la grande” nos muestra su poder corruptor. En el A. Testamento el significado simbólico de Babilonia es “corrupción en la actividad del poder”; y esa actividad de poder que llevó a esclavitud al pueblo de Dios, como la consecuencia de sus pecados. Aprendemos aquí que, por tanto, la iglesia profesante sobre la tierra, rechazada como Laodicea, rechazada como Babilonia la grande. Esta mala “mujer” es también una madre, una madre de otros sistemas, tan falsos a Cristo como ella misma. De este modo no es sólo el papado, sino también todos los otros sistemas que derivan su parentela y comparten de su carácter. ¿No están ya tales cosas en existencia? “Abominaciones” son también presentadas por ella. Ahora “abominaciones” es una palabra escritural para “ídolos”; y por tanto Roma es pariente de la idolatría. ¿Quién no conoce este hecho? Aun así, las personas están voluntariamente cegadas de manera a escuchar las protestas alegando inocencia de tales acusaciones³.

Finalmente, el más odioso cargo y acusación es proclamado: “*Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro*” (v.6). Lo que Roma fue en el pasado (ver Mt.23:34-35), Roma lo es en la dispensación actual. Ella siempre ha sido y siempre mantendrá el carácter de la gran persecutora de los santos de Dios. No hay tierra, donde ella no ha ganado terreno, que no haya manchado con la sangre de los elegidos de Dios. Como Manasés antiguamente, que “*derramó mucha sangre inocente, hasta que llenó Jerusalén desde un extremo a otro*”, ella ha cazado, perseguido, quemado y matado a los testigos de Cristo en cada lugar de la tierra. Asesinados Albigenses y Valdenses, marcan su progreso a cada paso, y ella continuará haciendo así, porque ella “no se arrepentirá” hasta que la consumación de nuestro capítulo haya llegado.

En respuesta al asombro del apóstol el ángel procede a exponer “Y el ángel me dijo: *¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia*

³ Debe recordarse que el nombre escrito sobre la frente de la “mujer” sólo será discernido espiritualmente. Externamente ella presentará todo aquello que es atractivo para el hombre.

que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos” (v.7). De la mujer hemos hablado, como también de la “bestia” en sus principales características. Ahora procedemos a un nuevo desarrollo en conexión con los diez cuernos: “*Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia*” (v.12). Aquellos que han leído con inteligencia la interpretación de Daniel de la imagen de Nabucodonosor que él vio en su sueño (Dn.2:36-45), y su propia visión de la cuarta bestia, junto con la explicación dada a él (Dn.7), estará preparado para comprender el significado de los diez cuernos o reyes de este capítulo. Es muy claro, por la combinación de estas varias escrituras, que la forma final del restaurado imperio occidental Romano estará compuesto de diez reinos, los cuales estarán confederados bajo una cabeza imperial, la bestia. El ángel, hablando de los soberanos de estos reinos, dice que ellos recibirán poder como reyes una hora con la bestia, y después añade, “*Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia*” (v.13). Por el momento estos reinos estarán unánimes, manteniendo engañado al hombre bajo el prospecto de días apacibles de paz y prosperidad al aceptar el liderazgo de la bestia, quien de este modo parece ser irresistible e invencible. De allí la introducción aquí, saltando sobre el intervalo, aunque breve, de otros eventos, de la declaración que él y sus aliados en su loca confianza y osada impiedad harán “*guerra contra el Cordero*”, y sabemos, sólo para encontrar su completa y absoluta destrucción. El pleno relato de esto lo tenemos en el cap.19, y nos reservamos nuevos comentarios por tanto hasta que esta porción sea alcanzada.

Llegando ahora al v.16, encontramos un cambio: “*Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; ¹⁷ porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios*” (v.16-17). Parecería por esta declaración que si el cambio en la actitud del poder imperial hacia la ramera es simultáneo con o posterior a la federación de los diez reinos bajo el cabeza Romano. Ya sea o no, los diez reyes y la bestia serán los sostenedores de Roma, y viniendo a ser sus enemigos ellos confiscan todas sus posesiones, la despojan de sus magníficas vestiduras, y destruyen su misma existencia. Si recordamos Apoc.13, podemos comprender el motivo para esta acción. Junto con la aparición del anticristo, la “bestia” es elevada como siendo el objeto supremo de la adoración, y de este modo la “mujer”, falsa como ella ha sido a Cristo, aun negocia con Su nombre, pero no será entonces más tolerada. Pero al tomar venganza sobre ella, estos potentados desconocen ellos mismos que son los ciegos ejecutores de la voluntad de Dios. Satanás ha unido los poderes del mundo contra Cristo, y Satanás da a la bestia su poder, su trono, y gran autoridad, y ahora vemos a Satanás mismo, en su furia contra Dios y Su Cristo, cumpliendo el propósito de Dios en la extinción de la “ramera”.

El capítulo termina, como se ha señalado antes, con una identificación de la mujer, que no admite equivocación, porque nunca ha habido un sistema

religioso sobre la tierra, salvo Roma, del cual puede decirse que reina sobre los reyes de la tierra.

APOCALIPSIS 18 - 19:1-4.

Otra visión viene ahora ante el pensamiento del apóstol. En el capítulo anterior el juicio de la gran ramera fue anunciado, y los instrumentos de su ejecución fueron revelados, considerando que ahora se nos permite ver la desaparición de esta mala Babilonia, y los efectos de esto sobre las variadas clases del imperio que habían estado en relaciones con ella. Pero, como más de una vez se ha señalado en estas visiones apocalípticas, el resultado es proclamado anticipativamente. De este modo Juan escribe: *“Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. ² Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible”* (v.1-2). Dos veces antes del juicio de Babilonia había sido mencionada (Apoc.14:8; 16:19), y ahora el instrumento del gobierno providencial, el ángel, desciende a la tierra para dar cumplimiento a esto, como lo hemos aprendido en el capítulo anterior, a través de medios humanos, es decir, por medio de la bestia y sus reyes vasallos. Pero este es más bien el cumplimiento anunciado por el ángel, revelando, al mismo tiempo, que Babilonia, que una vez había llevado el nombre de Cristo, ha venido a ser, la guarida de demonios, y el escondite de todo espíritu inmundo, y de cada forma del poder de Satanás⁴. Los fundamentos, o fundamento (ver Apoc.19:2), de su juicio se declara. Balaam había enseñado a Balac como seducir a los hijos de Israel para comer de las cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación⁵ (Apoc.17:4). Ella, además, que había profesado pertenecer a Aquel que cuando estuvo aquí no tuvo donde recostar Su cabeza, hizo a los comerciantes de la tierra ricos. No sólo, por tanto, ella ha venido a ser falsa para Cristo, sino que también ha sido la negación practica de todo lo que Él fue y es, y de hecho, ha venido a ser completamente apostata, completamente gobernada por el dios de este mundo.

Ahora se escucha otra voz *“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades”* (v.4-5). Este llamado al pueblo de Dios ha ocasionado considerable dificultad, considerando que sobre la superficie esto guía a la suposición de que santos aún pueden encontrarse dentro de Babilonia. Debe entonces recordarse, en primer lugar, que Babilonia representa a un sistema espiritual, y que este

⁴ El lector puede comparar Isa.21:9; Jer. 50:39; 51:8, 37, en cuanto a la destrucción de la Babilonia histórica

⁵ El lector puede leer instructivamente Ezeq. 16:15-34

sistema, en sus principales características morales, ha estado en existencia desde los días de Juan. Tiatira y Laodicea, de hecho, contenían la raíz de todos los males que después debían verse plenamente desarrollados en Babilonia. La instrucción por tanto es para todas las edades, el llamamiento al pueblo de Dios a salir, y a separarse de aquellos que espiritualmente podía discernirse como perteneciendo a Babilonia, en que, como en días de Esdras y Nehemías, muchos santos han sido esclavizados (comp. Jer. 50:8; 51:6-9). Y ellos también son recordados que, ellos continúan mezclados con tal sistema, ellos vendrán a ser participantes de sus pecados, y serán sujetados gubernamentalmente a sus plagas. ¿Ha habido algún período, desde que estas palabras fueron escritas, cuando este solemne y urgente llamado puede ser más persistente y necesariamente proclamado que en la Cristiandad ahora? Porque, ¿qué es lo que vemos? Babilonia claramente manifestándose, y levantando su cabeza con arrogantes demandas, como también insinuándose para ser aceptada por medio de sus sutilidades y lisonjas. Que el pueblo de Dios sea obediente a esta voz celestial, y salga de ella; porque sus pecados están llegando hasta el cielo, y la copa de sus iniquidades esta casi llena.

Aún queda la pregunta, ¿No hay aplicación a la víspera de la destrucción de Babilonia? Que no puede haber cristianos en Babilonia, en este período, se ve por el hecho que la iglesia ya estará en el cielo. Habrá santos Judíos sobre la tierra, y como Apoc. 7 nos enseña, también creyentes Gentiles, que habrán lavados sus ropas y emblanquecido en la sangre del Cordero; pero no tenemos información en cuanto a si alguno de estos, cansados con sus persecuciones, puede ser tentado a buscar refugio dentro de los recintos de Babilonia. Si así, el llamado también sería dirigido a los tales; aun así, el significado principal del llamado es a todos los que pueden haber llegado a estar mezclados en algún tiempo con los principios que finalmente se concentraran y expresaran en Babilonia.

Los siguientes versos necesitan una cuidadosa atención. La voz continúa: *“Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto”* (v. 6-7). La pregunta es, ¿a quiénes son dirigidas estas palabras? Esto parecería ser una continuación del llamado al pueblo de Dios que había comenzado en el v. 4; esto es difícilmente posible por dos razones; primero, porque los santos no son los ejecutores del juicio sobre Babilonia; y segundo, porque sabemos que la bestia y los reyes, los diez cuernos, son los instrumentos señalados para este propósito. Esto ha guiado a algunos a suponer que el llamado es a los últimos. Esto, sin embargo, difícilmente estará en acuerdo con lo que se encuentra en este libro; por tanto, consideramos estos versos más en la luz de un anuncio de juicio, y el principio sobre el cual este será ejecutado, que como un llamado a estos escogidos para ser los vasos de la venganza de Dios. El principio del juicio es uno conocido en las Escrituras. Dios trató en la misma forma aun con Jerusalén (Isa. 40:2); y

Babilonia es “recompensada” como ella había “pagado” al pueblo de Dios, tenemos una reminiscencia de la forma del juicio en lo que aconteció a la Babilonia de antiguo (ver Sal.137:8-9 y Jer.50:15-29).

Entonces, después de que el principio del juicio es explicado, tenemos una sorprendente presentación del carácter moral de Babilonia. Ella se ha “*glorificado a sí misma, y vivido en deleites*” ¡Qué revelación! ¡Y qué despliegue de su completa apostasía! ¡Exaltación de sí misma, la perfecta antítesis a la vida de nuestro bendito Señor ha sido su único objetivo! Además, su “vida” gasta en complacerse a sí misma. Moralmente ella estaba en el desierto, y aun así ella se engañó a sí misma creyendo que este era un paraíso, y vivió en deleites. Y más que esto; “*ella dice en su corazón, me siento como reina, y no soy viuda, y no veré aflicción.*” Este lenguaje corresponde, casi exactamente, con aquel usado por Isaías, cuando anunciaba el juicio sobre “*la hija de Babilonia*” (Isa.47); y esto, por tanto, nos enseña que la Babilonia mística del futuro es la descendiente moral de la ciudad de Nabucodonosor, encarnando las mismas características morales, y atrayendo del cielo la misma venganza. Una cosa aún más sorprendente que observar es, que Laodicea se jacta, diciendo “*soy rica, y me he enriquecido con bienes, y no tengo necesidad de nada,*” esta es la raíz moral de todo el mal aquí retratado como existiendo en Babilonia. Mientras, sin embargo, el hombre en su vana confianza en sí mismo puede dejar fuera a Dios, y busca su felicidad en sus propios recursos, y se jacta de sus propias adquisiciones y estabilidad, pero vendrá el tiempo, como en el caso ante nosotros, cuando Dios intervendrá y actuará de acuerdo con el estándar de Sus propios y santos requerimientos. Entonces es que, siguiendo a la declaración del orgullo de Babilonia, y de su exaltación y glorificación propia, se dice, “*por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga*” (v.8). Es la bestia y sus cuernos (Apoc.17:16) quienes son vistos como siendo los ejecutores del juicio, pero ellos son sólo ciegos instrumentos de la voluntad de Dios.

El próximo lugar, hasta el v.18, se nos presenta una descripción del efecto sobre las variadas clases, a causa de la destrucción de Babilonia. Bastará especificar una o dos características sólo de este cuadro. Debe notarse, ante todo, que los reyes de la tierra, aquellos que han cometido fornicación, y vivido en deleites con ella, expresan sus grandes lamentos a causa de la destrucción de la gran ciudad de Babilonia. Esto de ninguna forma es inconsistente con el hecho que ellos, o algunos de ellos, se hayan unido con la bestia para despojarla de sus posesiones. Gigantescos abusos han sido a menudo juzgados en grandes movimientos populares, y aun de pacífica legislación, aun así, la estructura de la sociedad ha sido sacudida debido a eso. Babilonia, con sus amplias y profundas raíces, se habrá mezclado con cada fibra social de la vida de las naciones; y su caída, por tanto, producirá un gran desmayo y confusión y también hará a los gobiernos humanos inestables e impotentes. Esto explica la angustia de estos reyes, “*parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!*” (v.10)

Los otros que se lamentan a causa de la caída de Babilonia son los comerciantes, *“los mercaderes de la tierra”* (v.11), aquellos que se han enriquecido con su comercio en todos los variados artículos, para los cuales la demanda ha sido creada o estimulada por las necesidades e influencia de Babilonia; *“Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos”* (v.17); porque todos los que tenían naves en el mar también se habían enriquecido *“de sus riquezas”* (v.19).

Toda esta descripción, se comprenderá enseguida, es simbólica, cuyo alcance es todo el sistema comercial del imperio el que es completamente trastornado, si no destruido, por el juicio sobre Babilonia. El golpe que cae sobre ella la destruye con toda su prosperidad del mundo habitable; de allí la angustia universal, porque los hombres están siempre preparados para lamentarse por la pérdida de sus comodidades, riquezas, y ganancias⁶.

Hay una completa contrariedad entre los pensamientos de Dios y los del hombre. Todas las clases de personas se lamentan por la caída de Babilonia; y ahora se nos permite, en contraste a esto, escuchar la estimación del cielo de este evento. *“Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella”* (v.20). Lo que de esta forma causa aflicción universal y desmayo sobre la tierra, es la ocasión de gozo para el cielo, y para aquellos que han sido testigos para Cristo, y para algunos de estos mártires por causa de Su nombre (v.24), sobre la tierra.

Luego tenemos una acción simbólica para describir la destrucción de Babilonia. *“Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada”* (v.21). Así fue con la Babilonia antigua. Jeremías *“escribió en un libro todo el mal que vendría solo a Babilonia,”* y él dirigió a Seraiah, que acompañaba a Sedequías a Babilonia en el año cuarto de su reinado, después que él hubo leído el libro en la misma presencia de la prosperidad y magnificencia de Babilonia, para que atase una piedra, y la arrojase en medio del Éufrates; y al hacerlo, él dijo, *“Así será sumergida Babilonia, y no se levantará del mal que traeré sobre ella”* (Jer.51:60-64). El significado de la acción es el mismo, por tanto, en ambos casos; es señalado como una destrucción final algo violenta, y completa. Ella no debía levantarse nunca más; y de esta forma tenemos en nuestro capítulo la solemne declaración que desde entonces no se oirían más voces de arpistas, de actividades mecánicas, todo sería silenciado para siempre, ni lámpara alumbraría en ella, ni se escucharía voz de esposo y esposa. La desolación debía ser completa, *“Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.”*²⁴ *Y en ella se halló la sangre de los profetas*

⁶ Un sorprendente ejemplo de esto se ve en el hecho que, después de la sanidad del endemoniado, y la posterior destrucción del ato de cerdos, los Gadarenos rogaron al Señor Jesús que se alejase de sus costas. Ellos preferían tener al endemoniado, y su ato de cerdos, que la presencia del Señor Jesús, porque Él interfería con sus posesiones terrenales.

y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra” (v.23-24). Combinando los varios fundamentos para el juicio de Babilonia se verá que estos son cuatro, idolatría, corrupción, mundanalidad, y persecución, Dios había tenido paciencia con este mal sistema que había profanado Su nombre, y falsificado Su verdad; pero ahora Su mano poderosa descendía sobre este, tomando venganza por todas las iniquidades con las cuales había llenado la tierra con corrupción.

Los primeros cuatro versos de Apoc.19 nos presentan la celebración en el cielo de la destrucción de Babilonia. Juan *“Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; ² porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. ³ Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos”* (v.1-3) Es una interesante cuestión el saber quiénes son aquellos que, “a gran voz”, elevan este cántico de alabanza. Ellos son una clase, evidentemente, aparte de los 24 ancianos, y claramente no son ángeles. La inferencia es, por tanto, que estos son aquellos que han sido martirizados sobre la tierra después del arrebatamiento de la iglesia. El fundamento de su celebración Jehová - Elohim, su Dios, es el carácter de sus juicios, estos son *“justos y verdaderos”* como estos son desplegados en la destrucción de la gran corruptora de la tierra, al vengar la sangre de Sus siervos en ella. Ellos repiten, en la intensidad de su gozo, su aleluya. Después tenemos la solemne declaración, en contraste con el estallido de gozo en el cielo, como significándole juicio eterno que ha caído sobre la ramera: *“Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos”* (compare Judas 7).

Siguiendo a esto, los 24 ancianos (vistos como 24 ancianos por última vez), y los cuatro seres vivientes, que habían sido los espectadores del gozo de muchas personas, *“se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya!”* (19:4). El pensamiento del cielo es uno, alabar a Dios, y regocijarse ante la venganza que ha caído sobre Babilonia; y ese pensamiento, mientras en plena comunión con Él, es realmente la expresión del pensamiento de Dios, y lo repetimos, este está en directa oposición al pensamiento del hombre. Dios y todo el cielo se regocijan sobre aquello que el hombre estima como su más grande calamidad. ¡Qué exposición del alejamiento de los hombres de la vida de Dios a causa de la ignorancia que está en ellos, debido a la ceguedad de sus corazones!

APOCALIPSIS 19:5-10. LAS BODAS DEL CORDERO

En esta sección las bodas del Cordero, el evento por el cual él ha esperado por mucho tiempo, tiene ahora lugar. Para poseer la perla de gran precio, Él *“fue y vendió todo, lo que tenía, y la compró”*, pero, aunque Él amó a la iglesia, y se entregó por ella, y aunque Él tiene ahora a la iglesia en el cielo consigo, Él espera con paciencia por la presentación de Su esposa, hasta que Babilonia, la ramera, la falsa esposa o novia, haya sido juzgada y completamente destruida. Las bodas del Cordero no tienen lugar sino por algún tiempo después que la iglesia haya sido tomada para estar con Él (1ª Tes.4).

Parecería que el versículo 5, si bien sigue a, y, tal vez, está relacionado con el culto de los ancianos y a los cuatro seres, es realmente una introducción al gozo universal del cielo posterior a las bodas del Cordero. La *“voz salió del trono”* y esto nos muestra que el evento que está a punto de ser celebrado está asociado con los tratos de Dios en gobierno, es decir, como presentados en este libro. Debe recordarse, realmente, que el juicio que ha caído sobre Babilonia, y las bodas del Cordero en el cielo, son cosas preliminares a la aparición de Cristo con Sus santos, para hacer valer Sus derechos sobre la tierra, contra el mal y al tomar posesión de Su reino. Habiendo mostrado todo lo que Dios es, y llevado el peso de Su gloria sobre la cruz, en esta escena Él está a punto de vindicar también Su nombre en gobierno sobre la tierra. El mandato que sale del trono es, *“Alabad a nuestro Dios, todos Sus siervos, y los que le teméis, grandes y pequeños”*. Esta es una *“voz”* que da el mandato; no se nos dice de quien es esta voz; pero ella está cargada con la autoridad del trono, y el que habla, considerando que usa las palabras *“nuestro Dios”* se asocia con aquellos a los cuales se dirige (comp.v.10) El carácter, además, en el cual estos llamados son vistos, es digno de notar. Ellos son simplemente *“Sus siervos, y los que le teméis”*, términos, por tanto, que incluyen a todos los santos de todas las dispensaciones, como también quizás a todo el ejército angélico. No hay uno entre las multitudes en el cielo que no es abarcado bajo estos llamados (Sal.103:20-22 y 118:1-4).

La respuesta es instantánea. *“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! 7 Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado”* (vv.6, 7) hay dos fundamentos dados por la alabanza presentada. El primero es, que el Señor Dios Omnipotente reina, mostrando que el reino es considerado como ya establecido. De hecho, Dios sólo ha esperado por la vindicación de Su nombre, y para hacer valer Su poder en gobierno, hasta haber puesto a un lado para siempre en juicio a la gran ramera que había corrompido la tierra. Después de las bodas del Cordero, los cielos se abren para que salga Cristo para poner fin a todo el gobierno y autoridad con la cual la bestia y el falso profeta habían engañado al mundo, y para establecer Su propia

soberanía sobre las naciones de la tierra. Los nombres bajo los cuales Dios es aquí celebrado son notables; ellos comprenden los varios caracteres en los cuales Él se ha revelado a los santos antiguamente, es decir, Jehová, el que existe en Sí mismo, Aquel que es, era, y ha de venir, el nombre en el cual Él se ha complacido en revelarse en relaciones con Israel; Dios, la expresión de todo lo que Él es en Su propio ser, visto absolutamente, Aquel con quien el hombre tiene que tratar como criatura responsable; y finalmente, el Todopoderoso, u Omnipotente, respondiendo a Shaddai en el A. Testamento (ver Gén.17:1; Éx.6:3, y comp.2ª Cor.6:18). La razón para la introducción de estos nombres, los nombres de Aquel a quien los cristianos conocen como su Dios y Padre, se encuentra en el hecho que Él aquí es puesto ante nosotros en relación con el reino y la tierra. El “reinar” que aquí es celebrado, está conectado con Su reino es desplegado sobre la tierra, no en el cielo, entonces con la destrucción de todo lo que se exaltaba a sí mismo contra Él y Su Cristo. Es, de hecho, la sustitución en este mundo del poder de Dios por aquel del hombre, y la posterior introducción de la era de justicia, paz y bendición.

El segundo fundamento tomado para el gozo del cielo es la llegada del tiempo de las bodas del Cordero, Su esposa habiéndose preparado. Como se ha notado antes, este evento no tiene lugar sino hasta después que la falsa novia o esposa ha sido juzgada; y ahora también comprendemos, que en el cielo había una preparación necesaria para el matrimonio: la esposa debía “prepararse a sí misma”. El carácter de esta “preparación” se ve en el siguiente verso, donde leemos, *“Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”* (v.8) Esto nos ayudará a determinar el significado de la expresión “se ha preparado” como también para establecer precisamente el tiempo del matrimonio. Debe observarse, ante todo, que se trata de las justicias de los santos, y no de la justicia de Dios de acuerdo con la enseñanza de la epístola a los Romanos (ver también 2ª Cor.5:21). Leemos en 2ª Cor.5 del tribunal de Cristo, ante el cual todos debemos ser manifestados, cuando cada uno *“recibirá conforme a lo que ha hecho en el cuerpo, sea esto bueno o malo”*. Cualquier bien que Su pueblo habrá hecho, aunque fue por medio del Espíritu Santo y de Su gracia que esto habrá sido cumplido, entonces, en la misma gracia, será imputado al vaso que Él ha querido emplear para el propósito, mientras cada obra de la carne, cual sea su apariencia exterior, será trazada a su raíz, y su verdadera naturaleza será expuesta. Y de este modo aprenderemos de la gracia que ha tratado con nosotros en nuestros fracasos tanto como al usarnos en Su servicio, y al contarnos a nuestra cuenta lo que Él nos ha dado a realizar. Pero ahora estamos tratando solo con esto último, y vemos entonces, por esta escritura, que todo el bien puesto a nuestra cuenta, cuando seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, constituirá, no la justicia de Dios que tenemos ya en Cristo, sino, nuestras justicias, y es esta justicia la que aquí es simbolizada por el lino fino, blanco y puro. La esposa por tanto no solo será embellecida con la propia belleza de Dios, Su justicia, sino que ella también estará vestida con aquello que le ha agradado a Dios llamar sus

justicias, y es de esta forma adornada que ella es aquí vista como estando preparada para las bodas, “*preparada como una esposa adornada para su marido*”; pero solo a través de una inexpressable gracia, para ser la compañera de Cristo a través de toda la eternidad.

Además, de esto, como se ha dicho, se establece el tiempo de las bodas. Cuando el Señor descienda del cielo, es para tomar a Su pueblo a Sí mismo. Los santos muertos serán resucitados, y los vivos transformados, y todos serán tomados juntos para salir a Su encuentro en los aires, y entonces estaremos para siempre con el Señor. Su primer acto será introducirnos en la casa del Padre (Jn.14) Más allá de esto no tenemos revelación hasta que llegamos al tribunal de Cristo, que parecería, por lo que tiene lugar en el cielo en esta escritura, precede inmediatamente a las bodas. Por tanto, el Señor, que por mucho tiempo ya había desposado a Su novia, no la toma en matrimonio sino hasta la víspera de Su aparición.

Queda aún la pregunta acerca del significado del matrimonio. Para comprender esto debemos tomar prestada la luz de otra escritura. En Efes.5 leemos, “*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a asimismo por ella, ²⁶ para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, ²⁷ a fin de presentársela a asimismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*” (v.25-27). Esta escritura va muy lejos, y más allá de nuestro sujeto inmediato, mostrándonos, como lo hace, como Cristo, en Su infinito amor y gracia, y ¡a qué costo! Posee para Sí mismo a Su esposa; y como, en el mismo amor, él se preocupa por, y la prepara a ella para su destino, haciéndola digna del lugar en el cual Su amor la ha llamado, y otorgándole la aptitud moral para que goce Su compañerismo y afección. El mismo matrimonio está contenido en su presentación a Él, y es esta presentación la que es señalada en el cielo en nuestro capítulo⁷. Dos cosas en conexión con esto deben notarse; primero, que esta es la esposa celestial, de la cual habla nuestra escritura;⁸ y segundo, que la esposa celestial está compuesta, y compuesta completamente, de los santos de esta dispensación; es decir, de todos los santos desde Pentecostés hasta el retorno del Señor para tomar a los Suyos a Sí mismo. Los santos de otras dispensaciones, antes de Pentecostés y después de la venida del Señor, tendrán su propio lugar de perfecta bendición, pero ellos no están incluidos en aquellos que forman la esposa del Cordero. Este hecho explica otra cosa, que los 24 ancianos son vistos aquí por última vez. Los ancianos, como se ha declarado antes, comprenden a todos aquellos que tienen parte en la primera resurrección (excepto a aquellos que son añadidos después y que se encuentran en Apoc.20:4,5), a todos los santos de los tiempos del A. Testamento, como también a la iglesia. Considerando que, después, como es solo la iglesia la que ha sido

⁷ Debiese más bien decirse, quizás, que la presentación de la iglesia a Cristo es preliminar a la celebración del matrimonio, y que lo último es el anuncio público de la presentación privada.

⁸ La esposa terrenal es Jerusalén, pero Jerusalén como la expresión de Israel; y esta es la esposa del Cantar de los cantares.

escogida soberanamente para ser la esposa de Cristo, los ancianos desaparecen ya que ellos no pueden ser más los representantes de todos los salvados. La iglesia desde este momento es vista aparte, para entrar en sus relaciones especiales con Aquel que la ha comprado, redimido, y adecuado para ser la partícipe de Su exaltación, de Sus afectos y goces por toda la eternidad.

En el próximo verso, las dos clases de redimidos, todos aquellos que hasta aquí en este libro han sido presentados bajo la imagen de 24 ancianos, son claramente distinguidos: *“Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios”* (v.9). Aquí, entonces, tenemos al Cordero, a la esposa del Cordero ya especificada, y a aquellos que son invitados a la fiesta de bodas; la última clase está fuera de aquellos que pertenecen a la iglesia, quienes habían sido exhibidos bajo el símbolo de los ancianos. Aun en relación con la esposa terrenal, se hace la misma distinción. Cuando los discípulos de Juan estaban algo celosos por su reputación, él les dijo, *“Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. ²⁹ El que tiene la esposa, es el esposo; más el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido”* (Jn.3:28-29). Todos estos, por tanto, que son invitados a las bodas del Cordero, son, como Juan, amigos del esposo, y mientras ellos no están en la intimidad de la esposa, ellos tienen su propia y especial porción, y se regocijan grandemente a causa de la voz del Esposo.

Debe observarse que, mientras de hecho el matrimonio es declarado, y la esposa es vista como estando preparada, también los invitados llamados, los goces de la fiesta no son exhibidos. La razón es que a nadie podría permitírsele entrar en aquello que debe ser para siempre un bendito secreto entre el Esposo y la esposa. La esposa, después, será mostrada en toda su magnífica belleza, *“teniendo la gloria de Dios,”* pero ningún extraño podría entrometerse con el gozo de la unión del Cordero con Su esposa. Pero su significado e importancia puede verse del gozo universal que ocasiona en el cielo, y por el lugar que ocupa en Sus tratos en relación con la tierra.

Y qué alivio, y realmente estímulo, es, querido lector, volver nuestros ojos de toda la confusión y desacuerdo que se presenta en el espectáculo de una iglesia dividida sobre la tierra, a la perfección de ese día cuando la iglesia, ahora plenamente respondiendo al pensamiento de Aquel que la ha amado y entregado por ella, entre en su largamente esperada unión⁹ con el Señor. Es por este momento también que Él ha estado esperando por edades, y ahora Su gozo es desplegado en la fiesta de bodas, en Su incansable amor, en Su gozarse en ella con cántico y en la consumación de sus esperanzas, como también en el fructífero gozo.

Juan es abrumado por el carácter de las revelaciones que se le concedieron,

⁹ Hablamos, no de la unión con Cristo como miembros de Su cuerpo, porque eso es verdadero del creyente tan pronto como él es sellado con el Espíritu Santo, sino de la unión de la esposa con el Esposo.

y después de la solemne afirmación de su verdad en las palabras, “*Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy conservo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía*” (v.10) Aunque exaltado el personaje, el ángel, que había sido comisionado para dar a Juan estas comunicaciones, él era solo un conservo, y de todos aquellos que tenían el testimonio de Jesús, y ese testimonio, ahora que la iglesia estaba sobre lo alto, era el espíritu de la profecía (compare Apoc.1:2 y 12:17). El lugar del ángel, por tanto, es de igualdad con aquel de Juan y otros siervos, era de obediencia a la voluntad y palabra de Dios. La adoración es sólo debida a Dios.

APOCALIPSIS 19:11-21. CRISTO Y SUS SANTOS SALIENDO DEL CIELO

Hasta este punto, desde el cap.4 hacia adelante, hemos estado ocupados con hechos y eventos, ya sea en el cielo o sobre la tierra, que tienen lugar entre el arrebatamiento de los santos a la venida del Señor, como esto se describe en 1ª Tes.4, y Su aparición pública en gloria. El tiempo de Su paciencia ahora ha terminado; y el cielo se abre para que Él salga para juicio, cuando “*He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él. Sí, amén.*” (Apoc.1:7). Puede también notarse, como ayudando a comprender esta sección del libro, que desde Apoc.19:11 a Apoc.21:8, tenemos una historia consecutiva, comenzando con la aparición de Cristo, y terminando con la escena eterna en los cielos y tierra nueva. Después el Espíritu de Dios vuelve, y muestra las desplegadas glorias de la Jerusalén celestial durante los mil años, juntamente con su relación con la tierra durante este tiempo de bendición milenial.

El aspecto particular de la aparición de Cristo es de este modo descrito: “*Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea*” (v.11). Esta es la cuarta vez que se menciona que los cielos se abren en el N. Testamento. Cuando el Señor había sido bautizado, “*los cielos fueron abiertos sobre Él,*” y junto con el descenso del Espíritu Santo sobre Él, vino “*una voz del cielo, que decía, Este es Mi Hijo amado, en quien tengo toda Mi complacencia*” (Mt.3:16-17). Aquí los cielos se abren sobre Él, como siendo el objeto sobre la tierra que satisfacía el corazón de Dios. Toda la delicia del cielo se centraba sobre Él, el Hombre humilde, que se había identificado con el remanente que había respondido a la predicación de Juan el Bautista, y de quienes Él había dicho en los Salmos, “*En ellos está toda Mi delicia*”. La delicia de Dios estaba en Él, y Su delicia estaba “*en los santos que están en la tierra, y los excelentes*” (Sal.16). En el evangelio de Juan Él mismo

habla de los cielos abiertos, y de ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del hombre, el completo cumplimiento de aquello que tendrá lugar durante los mil años adonde también Él es objeto del cielo en la tierra. Pasando a Hech.7 leemos que Esteban vio los cielos abiertos, y a Jesús, como Hijo del hombre, de pie a la diestra de Dios. En esta escena, Él, que había sido el objeto de Dios sobre la tierra, es ahora el objeto del creyente en el cielo. Viniendo a nuestra escritura, los cielos ahora se abren para que Cristo salga, ciertamente el objeto de todo el cielo como también de sus santos glorificados, y sale para hacer que sus enemigos sean hechos estrados para Sus pies.

La primera cosa que notar es el caballo blanco sobre el cual se sienta. La simbología del caballo blanco ha sido explicada en Apoc.6. Esta significa poder triunfante, y aquí, como también allí, en conflicto. Cuando Cristo, por tanto, sale del cielo está sentado sobre un caballo blanco, este es el precursor de Su victorioso conflicto con sus enemigos, cuando, para usar el lenguaje del salmo, Sus flechas serán agudas en el corazón de sus enemigos; por eso los pueblos caerán ante Él. Después, sigue a esto una descripción del glorioso Jinete. Él es llamado *“Fiel y Verdadero”*. Estos nombres característicos son familiares a los lectores de este libro en otras conexiones. Juan lo llama a Él *“el Testigo Fiel y Verdadero”* (Apoc.1.5); en la carta a Filadelfia Él es llamado, *“el que es Santo y Verdadero”*; y a Laodicea se presenta como *“Estas cosas dice el Amén, el Testigo Fiel y Verdadero”* (Apoc.3:14). En Isaías, sin embargo, leemos *“la fidelidad será el cinto de Sus lomos”* (Isa.11:5). La combinación de estas escrituras nos introduce enseguida en el significado de las palabras. Fidelidad a Dios, interior y exterior, lo han caracterizado en todo Su camino terrenal, y cuando Él aparezca para establecer Su reino, para vindicar el carácter de Dios en gobierno contra el poder del mal, y la rebelión y usurpación del hombre, Él será gobernado en todo lo que ha de hacer por el ojo simple a los requerimientos de la gloria de Dios, como también lo fue en Su muerte sobre la cruz. Fidelidad a Él, como ya se ha visto, será el cinto de Sus lomos. La verdad en las partes interiores es lo que Dios busca, pero esto nunca se encontró en el hombre hasta que vino Cristo, lo que también lo distinguirá, de manera que Él será la perfecta expresión de esto también, y de este modo un Testigo verdadero, de todo lo que Dios ha revelado en Su justo gobierno de la tierra. *“Fiel y Verdadero”* revelan, por tanto, lo que Él es para Dios y para el hombre cuando aparezca para asumir Sus derechos en este mundo.

Note ahora el contraste con el objetivo de Su primera venida. Entonces *“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”* (Jn.3:17); ahora el objeto es *“con justicia juzga y pelea”*. La gracia caracterizó Su primera aparición en este mundo; y la justicia, y el juicio, caracterizan Su segunda venida, que es el período del cual habla nuestra escritura. Cada uno entonces será probado por el infalible estándar de los justos requerimientos de Dios, porque el día de la gracia habrá terminado, y la era de un justo gobierno habrá comenzado. Cristo debe, por tanto *“pelear”* con todo aquello que se oponga a esto, y que se levante en rebelión contra un Dios santo.

Después leemos: “*Sus ojos eran como llama de fuego, y había en Su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino Él mismo.* ¹³ *Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS*” (v.12-13). Es sorprendente observar que Sus ojos son representados por el mismo símbolo que Juan vio en medio de los siete candeleros de oro. El fuego es siempre un emblema de juicio, entonces Sus ojos, siendo como llamada de fuego, nos muestran su escrutador y penetrante carácter. Las “muchas diademas” nos hablan de todo Su variado y universal dominio, de Su absoluta supremacía en cada círculo de Su autoridad. Satanás le ha propuesto a Él el poder y la gloria de los reinos del mundo; y Cristo habiéndolos rechazado, Satanás después concede estas cosas sobre sus vasallos y esclavos, la bestia y el anticristo. El verdadero heredero esperaba el tiempo determinado por Su Padre, y ahora, después de estar mucho tiempo sentado a la diestra de Dios, Él sale, coronado con muchas diademas o coronas, para tomar su herencia, y reinar hasta que sus enemigos sean hechos estrado para Sus pies. Concerniente al “nombre escrito”, que nadie conoce sino Él mismo, este es la expresión de la gloria de Su persona. Cual sea Su dignidad (y Él es siempre el Hijo eterno, cuales puedan ser las relaciones que Él pueda asumir). Él sale del cielo como Hombre; pero, mientras este es el aspecto aquí señalado, el impenetrable carácter de Su persona permanece: “*Nadie conoce al Hijo, sino el Padre*”. “Nombre” en la Escritura es la expresión de lo que es la persona como revelada —y como revelada en lo que Él es para Dios. Por tanto, este expresa las relaciones secretas de Su gloriosa persona para Su Dios y Padre, en la que nadie puede penetrar, y que nadie puede comprender sino Él mismo. La próxima característica “*Estaba vestido de una ropa teñida en sangre*”, se nos explica por el profeta “*¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar.* ² *¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar?* ³ *He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas.* ⁴ *Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos ha llegado*” (Isa.63:1-4). Las “*vestiduras teñidas en sangre*” señalan, por tanto, al carácter vengador del juicio que Él está a punto de ejecutar. Su nombre es también el Verbo de Dios. Es el Verbo, la Palabra de Dios quien revela a Dios; entonces este nombre enseña que Cristo, como apareciendo de este modo, es la revelación de Dios en Su justicia al juzgar, y manifestar Su carácter como tal en gobierno (compare Sal.96-98).

Ahora se hace una pausa en la descripción de Cristo para introducir a sus seguidores: “*Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos*” (v.14). ¿Quiénes son estos? Dos consideraciones darán la respuesta. Como se ha tenido en cuenta en la primera parte de este capítulo, los 24 ancianos nunca son vistos después del v.4, y la razón es que el matrimonio del Cordero sigue a esto inmediatamente; y los ancianos a causa de

esto no pueden más representar a la iglesia¹⁰. Se nos dice, además, que le fue concedido a la esposa que se vistiese con lino fino, blanco y puro; porque el lino fino son las acciones justas de los santos. Ahora, los ejércitos que siguen a Cristo, sobre caballos blancos, significan su asociación con Cristo en Su victorioso juicio, y ellos también están vestidos con lino fino; y esto enseguida nos revela que los santos que han participado en la primera resurrección, y que han sido representados por los ancianos, son aquellos que componen este ejército. Cuando Cristo aparezca, ellos le siguen, y son espectadores de las glorias de ese día.

Volviendo ahora a Cristo, Juan dice: *“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro; y Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. ¹⁶ Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”* (v.15-16). En estas pocas y breves sentencias la venida de Cristo en juicio, la ejecución de la venganza de Dios, el establecimiento de Su trono, la sujeción de todos los reyes y naciones a Su dominio, y Su exaltación suprema en la tierra, todo esto es abarcado aquí. Este es el cumplimiento completo del Salmo 2. La espada aguda, como el lector sabe, es la palabra de Dios, de acuerdo con la cual las naciones serán juzgadas, y con la cual serán judicialmente heridas, *“la vara de hierro”* expresa el carácter absoluto e inflexible de Su gobierno, mientras el lagar, como lo muestra la conexión, como también el juicio de la vendimia de Apoc.14, nos habla de una venganza implacable sobre toda la tierra, cuando Él será pública y universalmente reconocido como *“Rey de reyes, y Señor de señores”*.

Los dos próximos versos son preliminares al terrible conflicto que cierra este capítulo. Un ángel se para *“en el sol”*, el lugar y asiento, de acuerdo con la simbología del libro, de la autoridad suprema, y clama a gran voz, y llama a las aves de los cielos a *“la gran cena de Dios”*. La carne de reyes, capitanes, poderosos, y la carne de caballos, como también de sus jinetes, debe ser la comida de estas voraces aves de presa. La flor de Europa en hombres y armas serán reunidos, y anticipando su terrible destino el clamor de este ángel resuena en los cielos. Después Juan sigue adelante y dice, *“Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército”* (v.19). La bestia, debe recordarse, es el cabeza del imperio Romano reavivado, como lo hemos visto en Apoc.13 y 17, y los reyes de la tierra incluirán, si hay también otros soberanos, a los monarcas de los diez reinos, que se unirán bajo el liderazgo de la bestia (ver Apoc.17:11-18). Podemos enseguida, por tanto, comprender que un enorme ejército será reunido por la bestia y sus reyes vasallos, un ejército que parecerá invencible; y el objeto de esta reunión que debe estar conectada con la tierra santa, ya que es allí donde ellos se encontrarán cuando Cristo aparezca del cielo. Es posible, como se ha indicado, que puedan haber otras naciones representadas en los ejércitos de la bestia; porque leemos en Apoc.16 que los espíritus inmundos que habían salido de la boca del dragón, y de la boca de la bestia y del falso profeta, espíritus de demonios

¹⁰ No pensamos que los santos del A. Testamento no estén incluidos en esta representación; sólo que decimos que los santos de este período son separados, y el resto no puede ser mostrado más en los 24 ancianos.

que hacían milagros, fueron a los reyes de la tierra, y a todo el mundo habitable, para reunirlos para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso; y además, que ellos serán reunidos en un lugar que en Hebreo se llama Armagedón (v.14,16; ver también 17:14).

Antes de ir más lejos debe señalarse que esta reunión de naciones es completamente distinta a aquella que encontramos en el sitio contra Jerusalén en el tiempo de la aparición del Señor, y que se describe por Zacarías (Zac.12-14), y en otras escrituras proféticas. Si los últimos están bajo el liderazgo del Asirio, de quien encontramos frecuentes menciones, especialmente en Isaías, los anteriores son guiados, como hemos visto, por el cabeza del imperio Romano. Si, además, Armagedón se deriva de Meguido, un lugar bien conocido en la historia Judía, conectado como está con algunas de sus más brillantes victorias, y también con dos de sus más tristes desastres, y que significa la montaña de Meguido, estos dos ejércitos bien pueden estar en Palestina en el mismo tiempo, el ejército de Asiria sitiando Jerusalén, y aquel de la bestia en camino a atacar al Asirio; pero, como es posible, que al escuchar de la destrucción del Asirio y sus confederados, él procede a hacer guerra contra Aquel que se sienta sobre el caballo, y contra Su ejército. Pensamientos humanos bajo la inspiración de Satanás están gobernando los objetos de la reunión de este vasto ejército; pero Dios, obrando detrás de estas escenas, tiene Sus pensamientos; y es entonces que la bestia y los reyes de la tierra con sus ejércitos son descritos como habiéndose reunido para hacer guerra contra el Rey de reyes, y Señor de señores, y los suyos, *“llamados, escogidos, y fieles”* seguidores. ¡Qué osadía! ¡Y qué despliegue de la profunda corrupción del corazón del hombre, sobrepasado solamente con lo que se ha visto en la crucifixión de Cristo! Entonces, sin embargo, exteriormente se trataba de un Hombre humilde a quien ellos habían odiado y rechazado; ahora se trata de Cristo apareciendo en gloria, junto con su ejército celestial, contra quien el hombre arremetería en la enemistad de su corazón. ¿Qué otra consecuencia podría haber sino esta abrumante destrucción?

“²⁰ Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. ²¹ Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos” (v.20-21). Se observará que no hay conflicto con el poder Todopoderoso. Cristo toma a estos dos impíos instrumentos de Satanás, y ejecuta enseguida el juicio, arrojándolos vivos al infierno (ver Sal.55:15). Dos hombres en el A. Testamento, como se ha notado frecuentemente, pasaron vivos al cielo, y estos dos archienemigos de Dios y de Su Cristo son arrojados vivos al lago de fuego¹¹. El resto de los ejércitos de la bestia y del falso profeta, son muertos con la espada judicial, y las aves del cielo se satisfacen con sus carnes.

¹¹ En 2ª Tes.2 leemos acerca del juicio sobre el anticristo, el falso profeta. Se nos dice que el Señor lo consumirá con el espíritu (aliento) de Su boca, y lo destruirá con la brillantez de Su venida. Esta descripción incluirá todas las consecuencias de ser arrojados vivos al lago de fuego.

El remanente piadoso de ese día, cuando escuchen de la poderosa libertad que su esperado Mesías ha obrado en ellos, podrá exclamar, en el lenguaje de Débora y Barac, *“Que Tus enemigos perezcan, Oh Señor; y que los que te aman sean como el sol cuando sale en su fuerza.”*

APOCALIPSIS 20.

Puede ser bueno recordar que los eventos de este capítulo forman parte de una narración continua, que comienza con Apoc.19:11, y termina con Apoc.21:6. El atar de Satanás por tanto sigue inmediatamente al juicio que ha caído sobre la bestia y el falso profeta, juntamente con sus ejércitos, y esto es descrito al final de Apoc.20. *“Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. ² Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; ³ y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo”* (v.1-3).

Debiese notarse cuidadosamente que este no es el juicio final para Satanás, ese se encuentra en el v.10; pero esto es el refrenar efectivamente su poder por medio de su remoción de la escena preliminar al establecimiento del reino. Cuando el Señor estaba expulsando del pobre gadareno a los demonios *“Y le rogaban que no los mandase ir al abismo”* (Lc.8:31), la palabra “abismo” en esta escritura es aquella que se nos presenta en nuestro capítulo como “pozo sin fondo”, literalmente, en ambos lugares, el “abismo”. Allí Satanás será atado, para que, durante el reino glorioso del Mesías, los hombres no sean expuestos a sus engañosas influencias y poder. Arrojado desde el cielo a la tierra, como se ve en Apoc.12, él posteriormente será expulsado de la tierra al abismo, donde estará atado como un esclavo por la poderosa mano del ángel ejecutante de la voluntad Divina. Dos cosas en la descripción pueden detener nuestra atención. El dragón de este libro es la serpiente antigua de Génesis, como también el diablo y Satanás de los otros libros de la Escritura. Este es el enemigo de Dios y del hombre, y especialmente del pueblo de Dios, como expresado por Satanás (el adversario) y el diablo (calumniador), él es asesino y mentiroso, como lo ha sido desde siempre (Jn.8) ¡Qué misericordia será para este pobre mundo ser libertado por un tiempo de tal enemigo! ¡Y cuán vasto el cambio moral introducido de este modo en conexión con la última prueba del hombre bajo el justo reino de Cristo!

Debe también notarse que él no sólo es atado y encerrado, sino que también un sello es puesto sobre él; es decir, como comprendemos esto, un sello es puesto sobre la boca del abismo. Si Dios sella, no hay poder sobre la tierra o en el infierno que pueda romper este sello. Después que el cuerpo de nuestro bendito Señor fue depositado por las piadosas manos de José y Nicodemo en el sepulcro, Satanás

instigó a sus siervos para asegurar el sepulcro y a sellarlo con una roca y poner una guardia ante este (Mt.27:66) ¡Impotente intento! Porque él tenía que hacer con el Hijo del Dios vivo. Pero él mismo está ahora en las omnipotentes manos de Aquel, que de este modo trató de detener en el sepulcro; y allí debe quedar hasta que sea soltado nuevamente por un breve espacio, para probar nuevamente qué es el hombre, aun en presencia de la bondad Divina, administrada bajo un gobierno perfecto, expresada en cada forma de favor y bendición terrenal.

Ahora se nos presenta la era de mil años: *“vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años”* (v.4). La primera cosa que atrae la atención de Juan fueron los tronos y los que se sentaban sobre ellos. En Daniel son introducidos los tronos, pero el Anciano de Días es visto sentado, considerando que aquí, aunque sabemos por Apoc.19 que Cristo es la figura suprema y central en la escena, aquellos que se sentaban sobre tronos son indicados principalmente. Pero aun estos son representados por la palabra “ellos”, y la cuestión por tanto se levanta enseguida la pregunta, ¿De quiénes habla Juan? Siguiendo atrás la narración, se percibirá que “ellos” sólo puede referirse a los “ejércitos” que seguían a Cristo desde el cielo (Apoc.19:14), quienes, como ya se ha visto, están compuestos de los santos representados por los 24 ancianos de este libro, los santos de todas las edades hasta la venida de Cristo, aunque la iglesia es más prominentemente desplegada (Apoc.19:7-9). Sobre la tierra ellos en variados grados habían sufrido con Cristo, y ahora la recompensa de la gracia les es concedida a ellos de reinar juntamente con Él. Ellos son vistos, por tanto, sobre tronos, y como el primer acto de Cristo en conexión con el establecimiento de Su reino será el juicio, ellos tienen parte en este ejercicio (ver 1ª Cor. 6:2 y Judas 15).

Pero hay dos clases unidas a aquellos que han sido representados por los 24 ancianos: aquellos que han sido martirizados durante el dominio del anticristo, y que se han negado a adorar a la bestia o a su imagen, y recibir la marca sobre sus frentes, o manos. Estos deben ser principalmente del remanente descrito en los Salmos, quienes, bajo terribles terrores y persecuciones durante este despotismo de hierro del hombre de pecado, han mantenido su fe y esperanza en Dios, esperando la venida del Mesías. Y aquellos que perdieron todo sobre la tierra a causa de su fidelidad a Dios, *“por el testimonio de Jesús, y la palabra de Dios”*; y ahora ellos obtienen la gloriosa recompensa de la primera resurrección, y la asociación con Cristo en las glorias de Su reino. Ellos *“vivieron y reinaron”* con Cristo mil años, y si nuestra interpretación de estas dos clases que son añadidas a aquellos que ya han sido tomados en las nubes para encontrar al Señor en el aire, es correcta, los primeros serían resucitados y los segundos transformados conforme al modelo de las dos clases de 1ª Tes.4.

Su lugar y recompensa especial es enfatizada por la siguiente declaración:

“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección” (v.5). ¿En qué lenguaje más claro podría declararse el retorno premilenial de Cristo con Su pueblo, para tomar el reino, y reinar sobre la tierra durante los mil años? O ¿cómo podría la verdad de la primera resurrección, como distinguida de la resurrección final de incrédulos, ser más claramente desplegada? Es sólo una inconcebible perversidad la que puede tratar de contender por una “resurrección de principios espirituales” aquí. Si, realmente, este simple y no ambiguo mensaje es explicado de este modo y puesto a un lado, sería imposible mantener la verdad del gran trono blanco y del juicio final al fin de este capítulo. Tome la escritura como esta está, y todo es claro, y en completa armonía con la enseñanza dispensacional de todo el libro.

Antes de proseguir con la descripción el Espíritu de Dios se vuelve para pronunciar, lo que es como un encomio sobre estos favorecidos santos: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años”* (v.6). Todos ellos son bienaventurados realmente (ver Apoc.14:13), y ellos son santos, conformados ahora a la imagen de Cristo, y de este modo respondiendo a las demandas y naturaleza de Dios mismo. Como resucitados de la muerte, o transformados, y la mortalidad sorbida por la vida, ellos están para siempre más allá de la región del pecado, muerte y juicio; y por tanto se añade, que sobre ellos la segunda muerte, la justa penalidad de Dios sobre los incrédulos e impenitentes, no tiene poder, ni derecho; porque el último enemigo, la muerte, ha sido para ellos destruida para siempre. Además, ellos estarán asociados con Cristo en Su sacerdocio real, y de este modo como sacerdotes ellos tendrán acceso a la inmediata presencia de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años. Habiendo, a través de la gracia, vencido el poder de Satanás a través de la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, ellos no habiendo amado sus vidas hasta la muerte, son ahora exaltados al goce de esta gloriosa recompensa. Bien podía el apóstol decir, cuando hablaba del glorioso prospecto del creyente, *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Rom.8:18).

Desde los v.7-10 tenemos el relato de la liberación de Satanás, su última actividad permitida, y el juicio impuesto sobre él y sus engañados seguidores. El carácter del reino de Cristo a través de los mil años no se encuentra en esta escritura; para eso el lector debe sondear el A. Testamento, especialmente los Salmos y los Profetas. Aquí el milenio es introducido al completarse la primera resurrección, e inmediatamente después de la declaración de que aquellos que tienen parte en este, reinan con Cristo mil años, y se añade, *“Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, ⁸ y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar”* (v.7-8).

Durante todo el período, por tanto, del reino de Cristo sobre la tierra

Satanás está confinado, y los hombres libertados de sus tentaciones. Las naciones tendrán la misma mala naturaleza como siempre, pero el adversario del hombre no estará presente para acechar y entrapar en el pecado. ¡Qué inmenso cambio! Ahora, todas las influencias de la escena están en contra, entonces, todo estará a favor del pueblo de Dios. Ahora la tentación es alejarse de Dios, entonces esta será profesar obediencia a Cristo. Al final de este feliz período, durante el cual todos los reyes caerán ante el Rey, y todas las naciones le servirán, Dios una vez más demostrará el incurable mal del corazón del hombre por permitir, por soltar a Satanás, una prueba final. Naciones en cada lugar del globo serán engañadas, a pesar de la manifestada gloria del justo Soberano de la tierra. Y como el hombre lo rechazó en Su humillación él ahora se rebela contra Él en Su gloria. Varias trazas de estas naciones rebeldes se encuentran en el A. Testamento. Leemos en el Sal.18, “*Tan pronto como escuchén de mí, me obedecerán: los extranjeros se someterán fingidamente*” (v.44; también Sal. 66:3; 81:15). Como cuando algún poderoso conquistador subyuga a un país, el pueblo se somete al gobierno a causa del temor de la venganza, y así será cuando el Mesías establezca Su reino. Sorprendentemente a través de reyes en el día de Su ira (Sal.110), sus enemigos, a causa de la grandeza de Su poder, profesarán sumisión a Él (Sal.66:3); pero al final ellos también serán destruidos. Cuando Satanás sea suelto, con la rebelión en sus corazones, ellos caerán como presa fácil de sus engaños, y escucharán su voz, y se les permitirá a ellos reunirse como la arena del mar, bajo su liderazgo, para la última batalla de la tierra¹². Jerusalén, como es a menudo en la historia de la tierra, es el punto al cual convergen, y el objeto de su ataque. “*Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió*” (v.9).

Una notable característica del caso es, que Cristo mismo no es visto en el conflicto. Los reyes de la tierra y sus ejércitos se reúnen, como lo hemos visto en el capítulo anterior, para hacer la guerra contra Él; pero ahora el objeto de su hostilidad parecieran ser los santos y la ciudad amada. Es Dios en el cielo quien es ahora manifestado como el defensor y Vengador de Su pueblo; porque “*y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió*”. Así perecerán los enemigos del Cristo de Dios y de Su pueblo; Dios se levantó, y ellos fueron destruidos completamente y para siempre. Y al final, Satanás que los ha engañado recibe su destino final; “*el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*” (v.10)¹³. Este fue el dragón, es decir, Satanás, quien dio a la bestia “*su poder, su asiento y gran poder*” sobre la tierra, y quien

¹² El lector no debe confundir Gog y Magog del v.8 con “*Gog, y la tierra de Magog*” de Ezeq.38. Lo último se refiere, como fácilmente puede demostrarse, a Rusia, a la Rusia del futuro; mientras Gog y Magog, como se ha declarado, nos presentan a las naciones de los cuatro rincones de la tierra. Hay otra diferencia. La invasión de la tierra por Gog en Ezequiel es inmediatamente después del establecimiento del reino del Mesías; considerando que la apostasía de las naciones en nuestra escritura tiene lugar al final de los mil años.

¹³ Tratando acerca de la cuestión de la duración del castigo futuro, no podemos dejar de llamar la atención a las palabras aquí empleadas. Estas son *eis tous aionas ton aionon* — “*por los siglos de los siglos*”.

inspiró al falso profeta (y los tres juntos han formado una forma de trinidad diabólica), y ahora se nos permite contemplarlos sumergidos en un común y pobre destino. Dios, de esta forma, en Su justicia vindica Su trono, y el trono de Su Cristo, y revela al mismo tiempo la cierta y segura retribución que debe caer sobre todos aquellos que persisten en su enemistad hacia Él y a Su amado Hijo.

APOCALIPSIS 20: 11-15. EL GRAN TRONO BLANCO

El juicio descrito en esta escritura es la conclusión de todos los tratos de Dios con el hombre. El reino de Cristo sobre la tierra habrá entonces llegado a su fin, y todos los enemigos han sido puestos bajo Sus pies; y el mismo diablo ha recibido su destino y condenación final; sólo queda que los muertos malos y que no se han arrepentido sean tratados, antes de introducir los cielos y tierra nuevos. Es esta última sesión la que Juan retrata aquí. *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en Él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. ¹² Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”* (v.11-12).

El carácter del trono es la primera cosa en atraer la atención. Se nos dice que este era “grande”, ya sea como adecuado a la dignidad del Juez, o conveniente a la magnitud del juicio, y también se agrega que era “blanco”. Aquí, probablemente no como el color blanco que conocemos, como, por ejemplo, lino blanco, sino más bien, como significa realmente la palabra, claro o brillante, es decir, “la blancura de la luz”. Este es la expresión de la deslumbrante pureza de la santidad, ya sea del mismo Juez, o del estándar sobre el cual procede el juicio; todo lo conectado con Él, el trono sobre el cual Él se sienta, o la sentencia que pronuncia, debe estar en acuerdo con lo que Él es en la propia esencia de su naturaleza. No se nos dice quién es el Juez, aunque Juan vio a Uno que se sentaba sobre el trono; pero sabemos por otras escrituras que es Cristo; Aquel que una vez fue rechazado, el Hijo de Dios, Aquel en cuyas manos ha sido encomendado el juicio (ver Jn.5:22-29; 2ª Tim.4:1, etc.) Como en otras partes, realmente, en este libro, es Aquel que vindica el carácter de Dios en gobierno contra el mal; y aquí, como lo muestra esta escena, contra aquellos que han muerto impenitentes, como también contra los que han vivido rechazando Su autoridad. La terrible naturaleza de esta sesión judicial es revelada por la declaración de que la tierra y el cielo huyeron de delante del Juez. En la forma en la cual estos desaparecerán lo leemos en otra parte (2ª Ped.3:10-12); aquí sólo se declara el hecho; y este es dado para enseñar el carácter final del juicio. ¡Qué historia es la de este pobre mundo! Y ¡qué contraste con el registro de Gén.1, cuando Dios mira Su nueva obra día tras día como brota de Su mano creadora! y

Él pronuncia ¡*Bueno en gran manera!* Y para aumentar la solemnidad de la escena, puede recordarse que Aquel que se sentaba sobre el trono, en la visión de Juan, es Aquel por quien todas las cosas han sido creadas; y ahora esta pobre tierra contaminada, y los cielos que pertenecen a ella, son testigos, y participante de su contaminación, son vistos huyendo de delante de Él.

Antes de que el juicio comience, por tanto, el tiempo no, es más. Los tiempos y las sazones han pasado para siempre (Gén.1:14), y el gran Trono blanco es levantado en la eternidad, y está conectado, como se verá después, con la destrucción del último enemigo, la muerte, como introduciendo la bendición del estado eterno en el cual Dios es todo en todo.

Sólo muertos, se declara, aparecen ante el gran Trono blanco. Ya, en muchos hechos, los vivos han sido juzgados; entonces, por ejemplo, el juicio de Mt.25:31-46 pertenece a otro período. Los vivos serán juzgados a la aparición de Cristo y durante Su reino, y posteriormente sólo quedan los muertos. Aun así, puede ser necesario afirmar, no todos los muertos. Como hemos señalado en Apoc.19, un inmenso ejército sigue a Cristo desde los cielos, y éste está compuesto, como se ha explicado, de todos los santos que en cada edad y dispensación han muerto, y que han participado en la primera resurrección, y aquellos que, viviendo sobre la tierra en el tiempo del retorno del Señor, han sido transformados y tomados con los santos resucitados para encontrar al Señor en los aires. Durante los mil años (Apoc.20:3-4) no hay muertes, excepto la de aquellos que se rebelen contra la autoridad de Cristo. La conclusión entonces, de las Escrituras que tenemos ante nosotros, es irresistible, que sólo los malos, los muertos que no se convirtieron a Dios, son vistos en este juicio. No hay por tanto fundamento escritural para la concepción particular de un juicio general, para la enseñanza, tan prevalente en libros religiosos, que dicen que todos, salvados y no salvados, deberán ser juzgados en un mismo tiempo. Tal pensamiento sólo podría brotar de ignorancia de la palabra de Dios y de la naturaleza de la redención.

Toda esta vasta multitud de muertos no regenerados, de primitivas edades hasta el fin del reino de Cristo sobre la tierra, será resucitada por el poder de Dios, y llevada ante el gran Trono blanco para recibir su terrible y eterno destino y condenación. Y para mostrar que ningún pecador que haya vivido será pasado por alto, se añade en el v.13, “*Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras*”. El primer fundamento del juicio entonces son las obras, los hechos que cada alma ha realizado mientras vivía sobre la tierra. Y debe notarse, que positiva evidencia de esto se presenta desde “*por las cosas que estaban escritas en los libros*”. Todas las obras de los hombres están registradas, y registradas por Dios, ante cuyo ojo omnisciente se revela la naturaleza de cada acción. Hechos por largo tiempo olvidados, pecados aparentemente triviales a la estimación humana, que han desaparecido de la memoria, serán presentados como el fundamento de condenación. Y no sólo esto, sino que también será abierto el libro de la vida, y si los nombres de aquellos que estarán siendo acusados ante este solemne tribunal no se encuentran en éste (v.15) la sentencia será

pronunciada, y el juicio ejecutado. De este modo hay dos formas de evidencia, positiva y negativa, ambas condenatorias y también impidiendo todo fundamento para una apelación.

En conexión con esto, es digno de notar, como ilustrativo de los tratos de Dios en juicio, que Él, mientras no es responsable a nadie, es cuidadoso para vindicar, aun a los ojos de los hombres, la rectitud de todos Sus actos judiciales. Cuando de este modo Él estaba a punto de destruir Jerusalén por medio de Nabucodonosor, y enviar a Su pueblo a la cautividad a causa de sus persistentes trasgresiones, fue cuidadoso primero para presentar la acusación que probaba su culpabilidad (ver 2ª Crón.36:11-21). Así es también aquí ante el gran Trono blanco, donde se muestran inequívocas pruebas de la culpabilidad de aquellos en las obras escritas en los libros; y después, como conclusión de que no tienen derecho a ser librados, se añade que sus nombres no fueron hallados inscritos en el libro de la vida. De esta forma cada boca será cerrada, y todos tendrán que confesar que Aquel que se sienta sobre el trono es justificado cuando Él habla y juzga.

La condenación de esta incontable multitud es después revelada: *“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”* (v.15) Tomando esto en el orden en el cual se nos presenta, tenemos, ante todo, en lenguaje figurado, la destrucción de la muerte y del hades (comp. Oseas 13:14) El significado es, que el poder de ambos será abrogado para siempre bajo el juicio de Dios. La muerte que ha dominado sobre todas estas almas. Sus cuerpos han estado hasta ahora en corrupción, pero llamados de sus sepulcros para esta resurrección de juicio, la muerte no puede demandarlos a ellos más. Cuando los santos sean resucitados, la muerte para ellos será sorbida en victoria (1ª Cor.15); pero aquí no hay victoria, porque los que hasta aquí han sido prisioneros de la muerte reciben la misma sentencia de la misma muerte, ambos son condenados al mismo destino final. El último enemigo, la muerte, es de esta forma destruido. El hades, la prisión de los espíritus de los muertos comparte la misma suerte, porque este no tiene más uso en la economía de Dios. Manchado por el carácter de aquellos que ha retenido cautivos, este desaparece y va dentro del juicio del fuego eterno.

La naturaleza de esta condenación judicial se explica, es la segunda muerte. La primera muerte pronunciada, como siendo la penalidad sobre la trasgresión de Adán, significa más que la muerte del cuerpo. El uso moral de la palabra en la frase *“muerto en pecados”* prueba más allá de duda que esto significa, en esencia, la separación del alma de Dios, junto con el estado del alma como no teniendo un sólo movimiento de vida hacia Dios. Esta interpretación es confirmada por la declaración en Romanos, que *“por un hombre entró el pecado al mundo, y la muerte por el pecado”* porque este es claramente el estado del hombre el que se nos indica de esta forma (ver también 2ª Cor.5:14). Esto, justamente comprendido, arroja gran luz sobre el término aquí empleado, *“la segunda muerte”*; *“la muerte”* entonces mantendrá su significado, la absoluta

separación del alma de Dios, su total exclusión de la fuente de toda luz y vida, y su confinamiento para siempre en la región de las tinieblas; porque como la luz y la vida, también las tinieblas y la muerte están en su misma naturaleza indisolublemente conectadas. Después tenemos un elemento adicional, *“el lago de fuego”*. *“Fuego”* en la Escritura es el símbolo de la santidad de Dios aplicada en juicio. Esto puede ser fácilmente trazado a través de los varios libros de la Biblia, como, por ejemplo, en el fuego que consumía los sacrificios, y, también en la declaración que nos dice que *“Dios es fuego consumidor”* (Heb.12:29). La segunda muerte por tanto es la exclusión moral del alma para siempre de Dios, o más bien, debiese decirse, la separación de todo el hombre (cuerpo, alma y espíritu) de Dios, bajo el castigo de Su ira judicial. Este es el lago de fuego, el juicio eterno de Dios, de acuerdo con el estándar de Su propia inmutable santidad, como visitado sobre aquellos que han rechazado Su gracia, y se han rebelado contra Su autoridad, y escogido la muerte antes que la vida. Es dentro de este *“lago de fuego”* que cada persona no convertida a Dios, como lo enseña claramente la Escritura, será, si muere sin arrepentirse, finalmente arrojada; porque es allí donde esta multitud tendrá su destino final.

Nada se nos dice aquí en cuanto a la duración del lago de fuego; pero, como puede verse por el v.10 de este capítulo, y como muchas otras escrituras lo enseñan indudablemente, no hay fundamento ninguno para suponer que este es menos eterno. Profetas han profetizado cosas más suaves, sueños de acuerdo con la imaginación de sus propios corazones; pero la palabra de Dios permanece, y ella enseña que el castigo de los malos, y la bendición de los salvados, son eternos.

APOCALIPSIS 21:1-8. EL ESTADO ETERNO

Después de la solemne escena del juicio eterno, desplegado al final del capítulo anterior, una visión de clara belleza de la bendición del estado eterno es presentada ante nuestros ojos. El contraste es abrupto como magnífico. Tan pronto como Juan ha registrado el destino de aquellos que comparecieron ante el gran Trono blanco, él prosigue y dice, *“Vi un cielo y una tierra nuevos; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más”* (v.1). Isaías es el primero en mencionar los cielos y la tierra nuevos. Él dice, hablando en nombre de Jehová, *“Porque he aquí que Yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento”* (Isa.65:17) Y nuevamente, *“Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que Yo hago permanecerán delante de Mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre”* (Isa.66:22). Mientras, sin embargo, las palabras, cielos y tierra nueva, aparecen en la profecía, es aún evidente, por el contexto de los pasajes citados, que ellos no contienen el mismo significado de nuestro capítulo. En realidad, en Isaías, difícilmente se piensa más que, en que los cielos y la tierra

serán moralmente nuevos durante el milenio, que, como los cielos serán limpiados de Satanás y de su poder (ver Efes.6:12; Apoc.12:10, etc.) y la tierra será libertada en gran medida de los efectos de la maldición (ver Sal. 67, y 72), ellos serán en este sentido nuevos. El apóstol Pedro nos suple el eslabón entre Isaías y Apocalipsis. Tomando, como guiado por el Espíritu, la profecía de Isaías, y dando a esta un significado más profundo, él dice, después de describir la disolución de todas las cosas, “*Pero nosotros esperamos, según Sus promesas, cielos y tierra nuevos, en los cuales mora la justicia*” (2ª Ped.3:13). Esto, como se verá enseguida, va mucho más lejos que el reino de los mil años, cuya característica será que entonces la justicia *reinará* (ver Sal. 96-99; Isa.32, etc.), considerando que Pedro habla de una escena en la cual la justicia *morará*. Este no puede ser sino el estado eterno, que nos habla de una escena fuera y de otra dentro que responde a todo lo que Dios es, una escena que es de hecho la consumación de la nueva creación.

El primer cielo y la primera tierra habían pasado para siempre¹⁴; y debe notarse especialmente que allí no había más mar. Este hecho puede tener un significado doble. El primer y más prominente pensamiento es, ya que el mar interpone una barrera a las comunicaciones, que entonces no habrá más separación. Después, al recordar que en el lenguaje simbólico la tierra y el mar en este libro, la tierra nos habla de gobierno ordenado, y el mar de masas de pueblos desorganizadas, y esto nos enseña que cada parte de la nueva tierra estará en sujeción ordenada a, y bajo el control gubernamental de Dios. Todo será la expresión perfecta de Su propia voluntad; y entonces se cumplirá aquello que el Señor enseñó a Sus discípulos, “*hágase Tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo*”. Esto fue hecho por nuestro mismo Señor, pero en estas nuevas y benditas escenas, esto también será hecho por cada uno de entre aquella incontable multitud de redimidos.

Ahora se introduce otro evento. “*Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido*” (v.2). Puede ser necesario señalar, por causa de aquellos que hasta aquí no han considerado el tema, que la escena en el v.10 de este capítulo es anterior, por mil años, a aquella del v.2. Esto será más plenamente explicado cuando los v.9, y 10 sean alcanzados; pero ahora puede decirse, que en el v.10 Juan ve la “*santa ciudad, Jerusalén*” en su gloria milenial, y en relación con la tierra milenial; considerando que en el v.2, el reino milenial ha pasado ya para siempre, y la “*ciudad santa*” es vista descendiendo de la posición que ocupaba durante el reino, para tomar su lugar señalado sobre la nueva tierra, de lo cual el v.1 habla. Esta es la “*santa ciudad*”, santa de acuerdo con la naturaleza de Dios (compare Efes.1:4); y es “*la nueva Jerusalén*”, no aquella descrita en el A. Testamento. Pablo habla de esto en Gálatas como “*la Jerusalén de arriba*” “*nuestra madre*”¹⁵. No puede dudarse, además, que el escritor de la epístola a los Hebreos se refiere a la misma ciudad, cuando describe a Abraham como

¹⁴ De hecho, como lo aprendemos por Pedro, estos serán destruidos por el fuego (2ª Ped.3:10-12).

¹⁵ Así debiese leerse, y no como “*la madre de todos nosotros*”.

esperando *“la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto es Dios”* (Heb.11:10; ver también v.16). De esta forma es una figura de la iglesia, la iglesia como vista desde el próximo verso, como el tabernáculo de Dios, la habitación de Dios a través del Espíritu como es conocida aun ahora (Efes.2:22). Tres cosas se predicen de ella: su origen *“de Dios”*; ella viene *“desde el cielo”*, es celestial en su carácter¹⁶, y ella está *“preparada como una esposa adornada para su marido”*. El matrimonio del Cordero ya ha tenido lugar mucho tiempo antes, y Su esposa se había preparado; pero, a pesar de los siglos que han pasado, ella es vista todavía en toda su belleza nupcial, sin una mancha ni arruga, y santa, como en el mismo día de la presentación a su glorioso Esposo.

Junto con su descenso a la nueva tierra, Juan escucha *“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”* (v.3). Hay entonces tres cosas; el tabernáculo, los hombres, y las relaciones que Dios tendrá hacia los unos y los otros. El tabernáculo es la ciudad santa; y la ciudad santa, como ya se ha explicado, es la iglesia; y considerando que ella es el tabernáculo de Dios, se nos presenta como el lugar de Su morada. La razón para el uso del término tabernáculo se verá después. Entonces hay hombres, y estos son los salvados desde Adán hasta la primera venida de Cristo, y todos los salvados desde el rapto de los santos, como se describe en 1ª Tes.4, hasta el final de los mil años; y estos tendrán la bendita porción de ser el pueblo de Dios, de tener a Dios con ellos, y a Dios como su Dios. Ellos no son, como la iglesia, la morada de Dios, pero su lugar y bendición son perfectos en sus relaciones como lo son también aquellas de la iglesia. Hay diferencias que Dios en Su soberanía se ha complacido en hacer, pero todas estas son ilustrativas de Sus propias perfecciones y gracia; y todos los redimidos, cuales sean sus relaciones especiales, serán eternamente bendecidos de acuerdo con el pensamiento de Dios, en las variadas posiciones en las cuales Su gracia ellos ocuparan.

Hay razón especial también para el uso de la palabra “tabernáculo” aquí. El tabernáculo fue la primera morada de Dios sobre la tierra entre Su pueblo Israel, después de su redención de Egipto. *“Háganme un santuario”*, dijo Él a Moisés, *“para que pueda morar entre ellos”* (Éx.25:8)¹⁷. El tabernáculo fue levantado, y como lo encontramos en los primeros capítulos de Números, las tribus estaban ordenadas alrededor de éste, la morada de Jehová era el centro del campamento. Mientras estaban todavía en el desierto, dando instrucciones concernientes a su conducta para cuando el pueblo estuviese en la tierra, Jehová dio esta promesa, una promesa que dependía de su obediencia, *“Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; ¹² y andaré entre vosotros, y Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”* (Lv.26:11-12). Esta promesa, debido a las trasgresiones de Israel, nunca fueron cumplidas; entonces

¹⁶ Compare 2ª Cor.5:1,2, en cuanto a la resurrección del cuerpo, el cuerpo que los creyentes recibirán en la resurrección.

¹⁷ No citamos Éx.15:2, ya que hay considerables dudas en cuanto a la traducción exacta. El primer pensamiento del santuario venía de Dios mismo.

se repite (porque Dios nunca permite que Sus propósitos sean anulados) a través de Ezequiel, y aplicado al tiempo del reino del Mesías durante el milenio: “*Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.*”²⁸ *Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre*” (Ezeq.37:27-28). Viniendo a nuestra escritura, tenemos la reproducción de casi las mismas palabras, sólo que ahora no en la forma de promesa, sino como una declaración del hecho ya cumplido. Conectando las tres escrituras aprendemos, por tanto, que siempre fue el pensamiento de Dios rodearse a Sí mismo con Su pueblo redimido; también, que Su tabernáculo era figura de la iglesia como Su habitación a través del Espíritu, y finalmente, que el campamento en el desierto, y el santuario durante el glorioso reino del Mesías, que Él mismo edificará (Zac.6:12-13), como también ahora Él está edificando a la iglesia (Mt.16), son sólo sombras del estado eterno, como se ilustra en esta escritura.

Posteriormente Juan describe las consolaciones eternas de los redimidos: “*Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*” (v.4). Hablando exactamente, este lenguaje se aplica a los “hombres” del v.3. La iglesia forma o es el tabernáculo que no está en vista aquí sino sólo como la morada de Dios, pero en tal goce de su propia bendición especial. Dos cosas pueden notarse en esta descripción. Es Dios quien enjugará toda lágrima de la vida peregrina; y Él mismo, en Su infinita gracia y ternura, enjuga sus ojos, una figura de la eterna consolación que les será ministrada a ellos por Dios mismo. Después, segundo, la muerte, y todas las pruebas, penas y angustias asociadas con la vida humana en este mundo han desaparecido, han sido abolidas para siempre. El pecado ahora ha sido quitado (Jn.1:29 y Heb.9:26), el resultado final de la muerte de Cristo sobre la cruz; entonces la muerte, junto con todos los otros amargos frutos de la escena, serán sorbidos en la victoriosa escena de la vida. Este no es el lado positivo de la bendición eterna, sino el negativo. Pero ¿dónde está el corazón que no es aliviado ante el glorioso prospecto de libertad para siempre, en la misma presencia de Dios, de todas las cargas que a menudo nos curvan hasta el polvo mientras pisamos las arenas de este desierto?

La última cláusula del v.4 puede ser considerada en conexión con lo que sigue: “*el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas*” (v.5). En 2ª Cor.5:17 leemos, “*De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*”. La correspondencia entre estas escrituras no puede dejar de observarse. La diferencia es que en 2ª Cor.5, las cosas viejas han pasado, y toda correspondencia es para la fe, considerando que en nuestra escritura el cambio es actual y literalmente realizado, las cosas anteriores han desaparecido para siempre. En 2ª Cor.5 quienes están en Cristo pertenecen a la nueva creación; ellos han sido introducidos por fe en esta esfera, a la esfera donde Cristo es como su Cabeza, centro, y gloria. En Apocalipsis la antigua creación ha desaparecido para siempre, y sólo queda la nueva creación.

Esperamos por esta última, pero no debe olvidarse que es el privilegio del creyente anticipar esta gloriosa escena, si, aun ahora morar en ella, como también explayarse en medio de su bendición, considerando que en Cristo él pertenece a, y él mismo es parte de ella.

Después leemos, “*Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas*” (v.5). Este mandamiento debe, pensamos, ser considerado como cumplido ante el registro de las siguientes palabras: “*Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida*” (v.6). “*Hecho está*” puede referirse a la conclusión de la revelación, el final natural después de la exhibición del estado eterno. Esta es la realización y termino de la escena, seguida por la solemne afirmación de la eternidad de Dios. Él es el comienzo de toda existencia, y el fin; y toda duración es abarcada en estos dos términos, Alfa y Omega, el comienzo y el fin. La gracia todavía fluye; pero a veces se pregunta, ¿puede haber todavía almas sedientas en la eternidad? Esto es perder el significado del anuncio. Si las palabras, “*hecho está*” son preliminares al estado eterno abierto a nuestra vista, tenemos en adición una solemne manifestación de los tratos y designios de Dios en gracia y en juicio mientras este estado eterno está en prospecto. Hay, de hecho, tres principios de Sus actos en relación con el hombre. El primero está ante nosotros: “*Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida*”. Dios es el dador (compare Jn.4:10-14), y Él dará a cada alma sedienta; y no sólo el agua de la vida, sino de la misma fuente, porque el anuncio se hace en vista al pleno resultado de recibir esta agua, satisfacción y bendición eterna. Y finalmente, Él la dará gratuitamente, sin dinero, y sin precio. ¡Verdaderamente nuestro Dios es el Dios de gracia!

Después tenemos, “*El que venciere heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios, y él será mi hijo*” (v.7). Todo el pueblo de Dios debe ser vencedor, porque está pasando a través de un mundo hostil, y está expuesto a todos los engaños y malicias de un poderoso adversario. Tenemos un vistazo de un remanente fiel en conflicto en cada capítulo, y de ellos se dice, “*ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte*” (Apoc.12:11). En cuanto al mundo, Juan escribe, “*Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.*”⁵ “*¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*” (1ª Jn.5:4) En estas dos escrituras se nos presentan los medios por los cuales se ha alcanzado la victoria, y en el pasaje ante nosotros se nos ministra estímulo, mientras estamos comprometidos en el conflicto. Primero, el vencedor heredará todas las cosas, todas estas formas de bendición eterna manifestadas ante nosotros; y además, Dios condescenderá en entrar en relaciones con él. “*Yo seré su Dios, y él será mi hijo*” y esto, es nuevamente el resultado final del camino del desierto, en su plena comprensión y gozo. Este será el lazo eterno que existirá, de acuerdo con el buen placer de Su voluntad, entre Dios y el vencedor.

Finalmente, son enumeradas las variadas clases, en sus aspectos morales,

que no sólo serán excluidos para siempre de esta bendita y eterna porción, “*Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda*” (v.8). El diablo, la bestia, y el falso profeta ya habrán entonces encontrado su destino final en este lugar, donde ellos “*serán atormentados día y noche, para siempre*” (Apoc.20:10); y ahora aprendemos que los tales son descritos como teniendo su eterno hogar en la misma prisión de dolor. ¡Qué terrible es el contraste con el estado aquí descrito en los v.3-4!

APOCALIPSIS 21: 9-27. LA SANTA JERUSALEN

Grandes equivocaciones se han cometido por muchos expositores, sobre esta porción de la Escritura, al fallar en percibir que la primera parte del capítulo presenta el estado eterno, y que aquí el Espíritu de Dios nos lleva atrás a una descripción de la ciudad celestial en su relación con el reinado de mil años. Desde Apoc.19, a Apoc.21:8, como se ha mostrado, tenemos una narración consecutiva de eventos, desde la aparición de Cristo hasta la introducción del estado eterno de bendición, en donde Dios será todo en todo. Después, comenzando con el cap.21:9, comienza una nueva sección, cuyo objeto es mostrar las glorias de la esposa, de la esposa del Cordero, la ciudad santa, como la metrópolis, el asiento o centro celestial de la administración de la tierra, durante el período milenal. Esto vendrá a ser claro para el lector cuando prosigamos examinando los detalles que se nos presentan aquí.

Juan de este modo introduce la última sección del libro: “*Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero*” (v.9). Fue uno de estos siete ángeles que habían mostrado a Juan el juicio de Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra. El paralelo, o más bien el contraste, es lo que se tiene en vista aquí. Babilonia había demandado, pero falsamente, ser la esposa o novia de Cristo. El ángel la ha mostrado a ella en su verdadero carácter, y también el juicio de Dios con el cual ella finalmente fue destruida (Apoc.17). Posterior a su destrucción, se realizan las bodas del Cordero en el cielo (Apoc.19:1-8), y ahora la verdadera desposada, se nos muestra en toda su belleza —la expresión de los pensamientos de Dios, como Babilonia había sido la expresión de los pensamientos del hombre. Para ver a Babilonia, Juan fue llevado en el espíritu al desierto— una escena de desolación y sequía moral; para ver a la santa ciudad de Jerusalén él fue llevado en el espíritu a un gran y alto monte. Como Moisés vio la herencia prometida desde Pisga; así se permite a Juan ver el cumplimiento de la promesa, ay la profecía de esta gloriosa ciudad, desde la elevada eminencia

sobre la cual él había sido puesto por el ángel. Desde allí él la vio, *“me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, ¹¹ teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal”* (v.10-11).

Tres características se notan; su origen era divino, y celestial en su carácter; y también ella tenía la gloria de Dios. Como otro ha escrito: “Esta podría haber sido de Dios y terrenal. También podría haber sido celestial y angelical: pero no ha sido ninguna de estas cosas, sino que es divina en su origen y celestial en naturaleza y carácter. Ella estaba vestida con la gloria divina; y debía estar fundamentada sobre la obra de Cristo”. Aprendemos por 2ª Cor.5 que todas estas características son también verdaderas del creyente individualmente, respecto a la resurrección de su cuerpo. Y no podría ser realmente de otra manera, considerando que como el resultado para toda la iglesia no es sino la expresión colectiva de lo que es el resultado para un santo, de la obra de la redención. Debe también recordarse, que mientras la gloria, la gloria actual, es todavía futura, la iglesia es ahora de origen divino, y celestial en naturaleza, como siempre lo será. Comprender esto es indispensable para ocupar fielmente su lugar sobre la tierra como testigo de Dios, y para su preservación de las contaminaciones del mundo que la rodean. Es debido a esto, ¡Ay! Al olvido de esta verdad bendita, que ella ha buscado y encontrado (hablamos de toda la iglesia), como Pérgamo antiguamente, un lugar donde mora Satanás.

Su luz, era más semejante a una piedra de jaspe; y entonces dice, como puede verse por el significado del jaspe en Apoc.4:3, de la gloria de Dios (compare Isa.60:1). La palabra traducida “luz”, se encuentra en Fil. 2:15, como aplicada a los creyentes —*“entre quienes (una generación perversa, torcida) brilláis (o parecéis) como luces en el mundo”*. Esta es la palabra usada para luminarias celestiales; por tanto, aprendemos lo que los creyentes debiesen ser ahora moralmente la santa Jerusalén será realmente en la era venidera; y toda la luz en testimonio que procede ahora, ya sea de los santos o de toda la Iglesia, proviene de la misma fuente divina que el “resplandor” de la ciudad santa en el futuro día de gloria (compare 2ª Cor.4:6). Y la luz de esa ciudad será como el jaspe, clara como el cristal, transparente, e iluminará la tierra con los rayos de su brillantez. Pero mientras el ojo natural será capaz de percibir esto, el corazón, aun ahora, necesita ser divinamente abierto para recibir, e inclinarse a su bendito testimonio.

Pasamos a considerar ahora otra característica: *“Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; ¹³ al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. ¹⁴ Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero”* (v.12-14). Antes de detenernos sobre el significado del muro, puede ser bueno llamar la atención al recurrente número doce en esta descripción. Este tiene el establecido significado en la Escritura de perfección gubernamental en

el hombre, es decir, Cristo, y esto en conexión con Israel. Entonces tenemos doce tribus y doce apóstoles, ambos mencionados aquí y ambos también conectados en las palabras de nuestro Señor a Sus discípulos: *“Jesús les dijo: De cierto os digo que, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”* (Mt.19:28). Esto explica enseguida la fuerza del número doce, y al mismo tiempo, el carácter de la ciudad santa como se nos presenta aquí; que la iglesia, la esposa del Cordero, es desplegada, no es sus relaciones íntimas con Cristo, como ella es vista en las epístolas de Pablo, sino más bien en conexión con el gobierno de la tierra en manos de Cristo durante los mil años. Bendito y perfecto como es todo esto, aun así, no se nos presenta aquí los gozos más íntimos y las afecciones de la casa del Padre, ni nuestras más altas asociaciones con Cristo en bendición celestial, como, por ejemplo, se nos muestra en la promesa al vencedor de Filadelfia. Aun así, ¿quién que está enterado en alguna medida con la literatura y los himnos cristianos, puede dudar que la “ciudad de oro” ocupa más lugar en los pensamientos de los santos que la casa del Padre?

El significado del muro es seguridad, y esto puede verse en el v.18, por el hecho que *“El material de su muro era de jaspé”* es decir, la gloria de Dios. Vestida con, ella también está protegida por, la gloria divina, como dice Isaías, *“La gloria de Jehová será tu retaguardia”*. Todo lo que Dios es, y todo lo que es en despliegue, es el muro alrededor de la Nueva Jerusalén. Pero, como además veremos, el muro no sólo rodea y protege a la santa ciudad, sino que también excluye de ella todo mal; porque *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”* (v.27. compare Apoc.22:15).

En el muro hay doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y sobre ellas están inscritas las doce nombres de las tribus de los hijos de Israel. La puerta de una ciudad es siempre en las Escrituras el lugar de juicio, y considerando que aquí tenemos doce, tres a cada lado, esto muestra la perfección de la administración de la justicia en gobierno en aquel día. El carácter del reino de esta administración se denota por los nombres de las doce tribus sobre las puertas, e indicando también, quizás, al mismo tiempo, que es a través de Israel como un centro que la administración del reino será conducida. Doce ángeles estaban estacionados en las puertas: en las dispensaciones previas al Cristianismo ellos han sido los agentes providenciales de Dios en la administración del gobierno; pero ahora ellos son “los voluntarios porteros de la gran ciudad” que será la metrópolis celestial del glorioso reino del Mesías. Ellos son subordinados, en el propósito de Dios, a los santos glorificados de los cuales está formada la ciudad celestial. Allí además hay, doce fundamentos del muro, cuyo carácter es declarado por el hecho que ellos tienen inscritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero; porque, como leemos en Efesios, aquellos que son conciudadanos de los santos, y de la familia de Dios, *“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la*

familia de Dios, ²⁰ edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, ²¹ en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Efes.2:19-21). Pero la mención de los doce apóstoles del Cordero muestra nuevamente que la iglesia no es aquí “presentada como la esposa, aunque es la esposa del Cordero. No es en el carácter Paulino de bendición y cercanía de Cristo. Esta es la iglesia o asamblea como fundada en Jerusalén bajo los doce apóstoles, el asiento organizado del poder celestial, la nueva y ahora celestial capital del gobierno de Dios”.

Después vemos que la ciudad y el muro son medidos (v.15-17). El significado de este acto simbólico ya ha sido explicado en Apoc.11. Hay una diferencia, sin embargo, que debemos notar en la unidad de medida. Esta era “*una caña semejante a una vara de medir*”, aquí es “*una caña de medir, de oro*”. En ambos casos el acto de medir significa un reconocimiento de parte de Dios, con la idea añadida de propiedad. La cosa medida es conforme a Sus pensamientos, y Él por eso reconoce que es así, y lo demanda como Suyo; mientras la vara de medir de oro significa que es en justicia que Él de esta forma estampa a la ciudad, su muro y puertas, con Su aprobación. Después se nos presenta el resultado de esta medición. “*La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales*” (v.16). Semejante al lugar santísimo en el tabernáculo y el templo, esta es un cubo, doce mil estadios por todas partes, símbolo de la perfección finita. Que esta es una perfección dada es difícilmente necesario decirlo, considerando que esta tiene su origen en los consejos de Dios, y debe su existencia a la muerte y resurrección de Cristo. En toda su perfección y belleza, la ciudad celestial es la expresión de la gracia de Dios.

La medición del muro es de ciento cuarenta y cuatro codos, doce veces doce; de manera que en cada detalle el carácter gubernamental de la iglesia es mostrado, como vista divinamente perfecta.

Siguiendo a esta medición, se nos presenta la composición de las varias partes de la ciudad. El muro ya ha sido anticipado; este era de jaspe, el símbolo de la gloria de Dios. ¡Feliz la ciudad que está rodeado con esta, y protegida, con la gloria divina! Y esta será la porción de la santa Jerusalén, “*y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa*” (v.19). Se nos presentan los nombres de las piedras, y se comienza con el jaspe y se termina con la amatista. Esta lista puede ser comparada con las doce piedras preciosas en el pectoral del sumo sacerdote (Éx.28); y se verá que el jaspe es el primero en nuestra escritura, y es el último en el pectoral del sumo sacerdote. El significado puede ser este, que considerando que la iglesia comienza con la gloria en la persona del Cabeza, esta está al final para Israel. Para hablar más generalmente, las “*piedras preciosas*”, como bien se ha dicho, “*o los variados despliegues de la naturaleza de Dios, quien es luz, en conexión con la criatura (vista en la creación, Ezeq.28, en gracia en el pectoral del sumo sacerdote), ahora brilla en permanente gloria, adornan los fundamentos de la ciudad*”. Moralmente

ellas exhiben, por tanto, la historia de las almas, como criaturas, después como sujetos de la gracia y puestas sobre el corazón de Cristo, y finalmente vistas desplegadas en todas sus variadas bellezas en la gloria.

“Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio” (v.21), la fuerza simbólica de la perla puede ser vista por la parábola en Mt.13, donde la iglesia es vista bajo el emblema de *“una perla de gran precio”*, el valor inapreciable y la belleza que guía al mercader de perlas (Cristo) a vender todo lo que tenía, para comprarla. La perla nos habla, por tanto, de lo que es atractivo para el corazón de Cristo, una belleza que, como vista en los consejos de Dios, le encanta, de manera que Él amó a la iglesia y se entregó por ella (ver Efes.5:25-27). Y cada puerta de la ciudad santa brilla con esta esplendente belleza, el fruto y resultado del amor de Cristo y de Su obra redentora.

Además, *“Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio”*. La calle representa el lugar donde los hombres andan, y esta era de oro puro, que nos habla de la justicia divina, de justicia conveniente a la naturaleza de Dios, y como adecuada para el lugar donde Él mora, como en el tabernáculo y en el templo, donde todo por dentro era de oro. Pero el oro aquí es puro, y transparente como vidrio, lo que nos habla de una santidad estable y completa, una pureza que responde a la misma naturaleza de Dios, y bendito sea Su nombre, una pureza que nunca puede ser contaminada.

Hasta el v.21, tenemos la naturaleza, carácter, y composición de la ciudad santa, pero hasta ahora no hemos tenido referencia a sus habitantes. La razón para esto es que los mismos santos forman esta estructura celestial, aunque, como lo veremos en el próximo capítulo, ellos son brevemente introducidos para mostrar la naturaleza eterna de su bendición. Pero aun aquí su existencia es implicada, como, por ejemplo, en el próximo verso de esta escritura: *“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”* (v.22). Tan pronto como se declara la ausencia de algún templo, se introduce necesariamente el pensamiento de santos gozando de la presencia de Dios sin ningún obstáculo. Un templo, cuales sean los privilegios de acceso y adoración conectado con este, nos habla de cierta distancia de Dios y del adorador; como fue el caso en el templo del reino. Jehová realmente moraba entre los querubines en el propiciatorio; pero los adoradores quedaban al lado de afuera, mientras los sacerdotes quemaban el incienso en el lugar santo (ver Lc.1:10). Cuando, por tanto, leemos que no hay templo en la Jerusalén celestial, sino que el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de esta, comprendemos enseguida que toda distancia ha sido abolida, y que la presencia de Dios y del Cordero, llenando toda la ciudad, es gozada por todos en la plena medida de su despliegue. Y no podía ser de otra manera, viendo que todos los santos que forman la ciudad están allí, de acuerdo con el propósito de Dios en justicia divina, conformados a la imagen de Su Hijo. El hecho que no hay templo es de este modo la expresión de la bendición perfecta de los redimidos, que son ahora todos santos y sin mancha ante Dios en amor (Efes.1:4).

Sin embargo, debe observarse, que la más alta bendición del santo no nos es indicada aquí; porque los nombres de Dios aquí presentados son aquellos que encontramos en el A. Testamento: Jehová, Elohim, Shaddai; todo lo que Dios es, como revelado, ahora realizado en gobierno con relación a la tierra. Esto explica enseguida por qué estos nombres son empleados, considerando que como la santa ciudad está aquí conectada con el gobierno de la tierra en y a través del Cordero durante el milenio. Que los redimidos gozan de otras relaciones, dentro de las cuales ellos han sido introducidos por medio de la revelación del Padre en el Hijo, es conocido por otras escrituras; pero este carácter de bendición está limitado a los santos que componen la iglesia, y por tanto esto no será conocido en la edad futura. Es a causa de esto que el Señor Dios Todopoderoso se encuentra en esta escritura; pero el Cordero es también introducido como Aquel en quien este estado de bendición será asegurado, y en quien Dios ha sido revelado, y Su carácter vindicado, primero en la cruz, y ahora en el reino, la época ante nosotros, en Su justo gobierno. Una comparación de esta declaración, de que no hay templo en la ciudad celestial, con Apoc.7:15, confirma abundantemente la interpretación de que la bendición de la multitud Gentil, aunque excelente, es terrenal, y no celestial.

La presencia de Dios y del Cordero llena la escena, y de esta forma Juan añade, *“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”* (v.23) La luz creada, como lo hemos aprendido de Génesis 1, es para la tierra; pero después de la caída de Adán la única luz moralmente, aun para la tierra, fue esa que vino de la revelación de Dios. El salmista de este modo escribió, *“Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz”* (Sal. 36:9); y cuando el Señor estuvo aquí abajo Él dijo, *“Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”* (Jn.9:5) Donde Dios es plenamente revelado, por tanto, no puede haber necesidad de luz creada; y *“la gloria de Dios”* no es sino la expresión para el despliegue de todo lo que Dios es como revelado en redención ante Sus redimidos. La declaración en conexión con esta es, *“el Cordero es su lumbrera,”* es muy significativa. ¿Significa esto que mientras la gloria de Dios ilumina toda la ciudad, el Cordero es el medio de su despliegue? Esteban vio a través de los cielos abiertos la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la diestra de Dios; y aquí la gloria de Dios y del Cordero son la fuente de toda luz que forma la bendición de la santa ciudad.

Los próximos tres versos son importantes como presentándonos una clara clave para la interpretación de toda la visión. Muchos expositores no ven nada aquí sino una descripción de la bendición del estado eterno, y esta vista es adoptada generalmente por los predicadores populares. Pero estos versos muestran más allá de contradicción, que la ciudad celestial es aquí presentada en conexión con la tierra milenial; porque no habrá “naciones” en la eternidad, ni “reyes de la tierra” para llevar su gloria y honor a ella. Si esto hubiese sido observado el error habría sido evitado, y una valiosa clave habría sido adquirida para la comprensión de las dispensaciones. Podemos por tanto llamar la atención

a la fuerza de estos versos: “*Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.*”²⁵ *Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.*”²⁶ *Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella*” (v.24-26). Aunque las palabras, “*que hubiesen sido salvas*”, debiesen omitirse, el significado será inalterable, viendo que las naciones que existirán durante el reino milenal serán aquellas que han sido libradas en los juicios conectados con el día del Señor, introducido por la aparición de Cristo. Estas naciones reconocen que la gloria de Dios, cuya luz descende de la santa ciudad, es para su bendición y guía, y ellas andarán conforme a ella, moralmente la luz que procede, aunque imperfectamente, de la iglesia en esta edad, es la única luz que el mundo posee; y este hecho ayudará al lector a comprender la declaración ante nosotros. Para tomar prestado el lenguaje de otro, “la ciudad goza de la luz directa dentro; el mundo (es decir, las naciones), gozará la luz de la gloria transmitida” (compare Jn.17:22-23). Los reyes de la tierra, además, llevan su honor y gloria a ella¹⁸. Si traducimos eis, hasta, en lugar de dentro, el significado será que los reyes de la tierra reconocerán “los cielos y el reino celestial” como siendo la fuente de la autoridad bajo la cual ellos han sido puestos, y de las benéficas bendiciones que ellos gozaran bajo el dominio del Rey de reyes y Señor de señores; y ellos llevarán sus riquezas, como la reina de Sabá cuando ella vino a Jerusalén, como ofrendas en señal de su homenaje de sumisión. La forma en la cual estas ofrendas serán presentadas no nos es revelado; pero es claro por muchas escrituras que una conexión será mantenida entre la capital celestial y el reino terrenal.

Siguiendo a todo esto, se nos dice que las puertas de la ciudad estarán perpetuamente abiertas, y que allí no habrá noche. El significado de esto puede ser explicado mejor por un contraste. Después que Nehemías hubo edificado las murallas de Jerusalén, leemos “*Luego que el muro fue edificado, y colocadas las puertas, y fueron señalados porteros y cantores y levitas,*”² *mandé a mi hermano Hanani, y a Hananías, jefe de la fortaleza de Jerusalén (porque éste era varón de verdad y temeroso de Dios, más que muchos);*”³ *y les dije: No se abran las puertas de Jerusalén hasta que caliente el sol; y aunque haya gente allí, cerrad las puertas y atrancadlas. Y señalé guardas de los moradores de Jerusalén, cada cual, en su turno, y cada uno delante de su casa*” (Neh.7:1-3). Durante la noche, y aun mientras existía la mínima traza de oscuridad en la escena, las puertas debían ser mantenidas cerradas, para que el mal y malos hombres, que siempre aman las tinieblas antes que la luz, entraran y corrompieran la ciudad. Con el mismo objeto después, Nehemías, cuando las puertas de Jerusalén comenzaban a oscurecerse antes del sábado, “*mandó que las puertas fuesen cerradas, y encargó que no fuesen abiertas hasta después del sábado*”; porque había allí siempre siervos del enemigo alerta para entrar encubiertamente para seducir a los Judíos y violar el sábado. A la luz de este contraste aprendemos entonces, cuando se nos dice que en la ciudad celestial no habrá noche, que allí habrá una completa

¹⁸ En cuanto a la ciudad terrenal en el día de su gloria, Isa. 60 puede ser leído con provecho, como expresiones similares que allí se encuentran. Los períodos coinciden.

ausencia de todo mal, y que por lo tanto las puertas estarán siempre abiertas. Como sucedió típicamente en días de Salomón, tampoco habrá “*adversario ni mal*”; y de este modo no sólo vemos que el mal será excluido, sino que también comprendemos la imposibilidad de que éste entre en ese santo y bendito lugar.

En el v.26, parecería ser la repetición de la declaración del v.24, que ya ha sido considerado. Sin embargo, hay una diferencia. En el v.24, son los reyes de la tierra los cuales llevan su gloria y honor, considerando que en el v.26, es la gloria y el honor de las naciones las que son llevadas. La misma distinción puede verse en el reino milenial, cuando se dice, hablando del honor que debe ser presentado al Mesías, “*Todos los reyes se postrarán delante de él; Todas las naciones le servirán*” (Sal.72:11). Los monarcas y sus pueblos tendrán un solo pensamiento, y reconocerán respectivamente que los “*cielos gobiernan*”, y ofrecerán un homenaje voluntario al Rey de reyes en Su gloriosa capital celestial. Ahora los reyes y las naciones se sirven y exaltan a sí mismos; pero entonces, como leemos en Zacarías, “*todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos*” (14:16), puede ser que también en estas ocasiones los soberanos y sus sujetos presentarán su gloria y honor a la Jerusalén celestial, reconociendo de este modo su obediencia, y rindiendo su tributo al exaltado Rey de reyes, y Señor de señores.

Después, se nos dice, “*No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.*” (v.27) No debe dejarse ninguna duda sobre el carácter o calificaciones de aquellos que entraran en esta ciudad de oro puro; y esto es puesto en dos formas, negativa y positivamente, la descalificación es dada en primer lugar, y después el absoluto e innegable derecho. Nadie con culpabilidad de pecado aun sobre él, porque es el pecado en sus multiformes formas y expresiones lo que mancha y contamina; ninguno que posea una mala naturaleza, porque es el pecado en la carne el que, manifestándose, produce abominaciones, y nadie que sea moralmente simiente de Satanás, que es un mentiroso, y padre de mentiras (Jn.8:44), podrá traspasar estas puertas de perlas. Como el apóstol ha escrito, “*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ¹⁰ ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios*” (1ª Cor.6:9-10). Así también, en el próximo capítulo de nuestro libro, se dice, “*Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira*” (v.15) Solo aquellos que están inscritos en el libro de la vida del Cordero tendrán el privilegio de entrar, y todos aquellos cuyos nombres no se encontrarán inscritos en el libro de la vida, en la sesión judicial ante el gran trono blanco, serán arrojados al lago de fuego (Apoc.20:15). Esto, se observará, es solo el título; pero habrá también una calificación moral que responderá a este título y derecho, como se ha declarado en el capítulo siguiente. “*Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener*

derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad” (v.14). Esto debe ser necesariamente así, porque los habitantes de la santa ciudad deben ser ellos mismos santos, de acuerdo con la naturaleza de Su Edificador y Hacedor; pero aquí es dado sólo el título para recordarnos que esto se debe sólo a la gracia, a la bendita y soberana gracia de Dios, que alguno podrá traspasar estas puertas. Este es además el libro de la vida del Cordero; y esto nos enseña que, si los creyentes han sido escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, estos propósitos de gracia sólo pueden ser cumplidos en y a través de la muerte y resurrección de Cristo —de Aquel que, como el Cordero de Dios, ha quitado el pecado del mundo.

APOCALIPSIS 22:1-5. EL RÍO DE AGUA DE VIDA

El tema de la ciudad celestial se continúa en este capítulo, pero, como el lector lo notará, hay una característica distinta aquí introducida, y esto se muestra por las palabras con las cuales comienza, *“Después me mostró”*. Pasamos, ahora más especialmente a lo que caracteriza el interior de la ciudad, en relación con sus habitantes y a las naciones de la tierra milenial.

Juan de este modo prosigue y dice, *“Después me mostró un río limpio¹⁹ de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero” (v.1).* El tabernáculo en el desierto fue hecho, como se nos dice claramente, conforme al modelo de las cosas celestiales; y parecería que la Jerusalén terrenal también, a la llegada del día de la gloria, en algunos aspectos será el duplicado de la ciudad celestial. Ezequiel habla de las aguas, *“Me hizo volver luego a la entrada de la casa; y he aquí aguas que salían de debajo del umbral de la casa hacia el oriente; porque la fachada de la casa estaba al oriente, y las aguas descendían de debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar. ² Y me sacó por el camino de la puerta del norte, y me hizo dar la vuelta por el camino exterior, fuera de la puerta, al camino de la que mira al oriente; y vi que las aguas salían del lado derecho. Y salió el varón hacia el oriente, llevando un cordel en su mano; y midió mil codos, y me hizo pasar por las aguas hasta los tobillos. ⁴ Midió otros mil, y me hizo pasar por las aguas hasta las rodillas. Midió luego otros mil, y me hizo pasar por las aguas hasta los lomos. ⁵ Midió otros mil, y era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado. ⁶ Y me dijo: ¿Has visto, hijo de hombre? Después me llevó, y me hizo volver por la ribera del río. ⁷ Y volviendo yo, vi que en la ribera del río había muchísimos árboles a uno y otro lado. ⁸ Y me dijo: Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán al Arabá, y entrarán en el mar; y entradas en el mar, recibirán sanidad las aguas. ⁹ Y toda alma viviente que*

¹⁹ Estas palabras debiesen ser omitidas, ya que no se encuentra en los mejores manuscritos

nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y recibirán sanidad; y vivirá todo lo que entrare en este río” (Ezeq.47:1-9). En ambos casos, por tanto, este es un río de agua de vida; sólo, debe recordarse, que en la Jerusalén celestial este es vivificante y refrescante más bien que da vida, considerando que como todos están allí en posesión y gozo de la vida eterna. Este procede del trono de Dios y del Cordero, y de este modo este representa al bendito río de la gracia, de vida, que fluirá para siempre de Dios y del Cordero, en el reino celestial, para alegrar los corazones de los redimidos en gloria. El río es asegurado para ellos a través del eterno gobierno de Dios sobre el fundamento de una redención cumplida; porque este parecería ser el propósito de las palabras, “*salían del trono de Dios y del Cordero*”.

En conexión con este río de agua de vida se añade, “*En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones*” (v.2). Una característica similar es también descrita por Ezequiel como notando a la ciudad terrenal, “*Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina*” (Ezeq.47:12).

El árbol, de vida en la ciudad santa, por supuesto, es un símbolo, un símbolo que nos lleva inmediatamente atrás a Edén, que nos habla claramente de Cristo. Los árboles en el paraíso, es decir, el árbol del conocimiento del bien y del mal, el árbol de la responsabilidad, como se llama a veces, y el árbol de la vida, encuentran su respuesta y conciliación en Cristo; porque fue Él quien tomó y arregló para siempre, de acuerdo a las demandas de la gloria de Dios, la cuestión de la responsabilidad del hombre sobre la cruz, y después, como resucitado de la muerte, vino a ser el árbol de vida para todo Su pueblo; de vida, puede añadirse, en una nueva condición, como se nos muestra en el estado de gloria del mismo Cristo.

El árbol de vida entonces, en la Jerusalén celestial, es Cristo en gloria, y Cristo en gloria como la vida de los redimidos; y de este modo se nos recuerda que, en el estado glorificado, como aquí, los santos no poseerán vida independiente de Cristo. Este es el registro que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en Su Hijo, y esto será eternamente verdadero. El carácter de la vida celestial, la propia porción de los santos de Dios, de este modo será y permanecerá la misma; sólo que debe añadirse que, en nuestra condición perfecta, como completamente hechos semejantes a Cristo, esto será gozado plenamente, sin ningún estorbo de ninguna forma. Entonces sabremos lo que es esto, en su plena medida, (para tomar prestado el lenguaje de la esposa) sentarse bajo Su sombra con gran delicia, y encontrar que Su fruto es delicioso para nuestro paladar.

Las hojas del árbol serán para la sanidad de las naciones. Esta declaración

enseña claramente que la ciudad celestial sustenta, durante el período milenial, una relación con la tierra, y que las naciones recibirán la sanidad de las virtudes del árbol de la vida. Como otro ha escrito, “Sólo los glorificados comerán del fruto en su constante crecimiento; pero lo que fue manifestado y desplegado fuera, como las hojas del árbol, fue bendición para aquellos sobre la tierra” En alguna forma, por tanto, en qué forma, no se nos revela, la gracia fluirá de la asamblea en gloria. ¡Qué discernimiento es de este modo presentado del corazón de Dios! ¡Y qué expansión es dada para la concepción de “*las riquezas de su gracia*” aun fuera de la asamblea!

Los próximos tres versos van juntos: “*Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, ⁴ y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. ⁵ No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.*” (v.3-5). Todo estando constituido en la santa ciudad conforme a la justicia de Dios, no puede haber allí maldición; porque Dios descansará en esta escena con infinita delicia, porque todo Su pueblo, a través de las riquezas de Su gracia, estarán allí conforme a Sus propios pensamientos. La maldición pertenece a un estado de pecado y trasgresión, y que ahora ha pasado para siempre. La razón, sin embargo, aquí dada está en el hecho de que el trono de Dios y del Cordero está en ella, en su absoluta supremacía y reconocimiento, y de este modo asegurando en su perfecto gobierno un estado de acuerdo con Dios. La santidad de Dios, como expresada en Su trono será la eterna garantía de la felicidad de los redimidos, aun como Su amor, y ese del Cordero, serán su eterna porción.

Es por esta razón que enseguida pasamos en nuestra escritura al carácter positivo de la bendición de los redimidos, los habitantes de la ciudad celestial. Cuando considerando el estado eterno, como este se describe en Apoc.21:1-7, señalamos que había un lado negativo de esta bendición que era prominente, es decir, que era más bien la ausencia de males que nos afligen aquí, lo que fue indicado²⁰, pero aquí tenemos el lado positivo, lo que nosotros gozaremos y seremos. La primera cosa notada es, “*sus siervos le servirán*”. Como a menudo en los escritos de Juan el Padre y el Hijo, aquí Dios y el Cordero, son completamente uno en sus pensamientos de modo que él no se detiene para distinguirlos entre sí. Entonces aquí es “sus” siervos, aunque él había estado hablando de Dios y del Cordero. Aquí entonces al final sus siervos le servirán. Ellos han, por gracia, hecho esto aquí, aunque muy imperfectamente, y de acuerdo con su propio estándar. Siervos inútiles ellos han sido, aun cuando ellos han trabajado hasta lo sumo; porque motivos mezclados a menudo han contendido en sus corazones. Pero al final, cuando Cristo posea completamente y controle sus corazones, cuando ningún otro objeto sino Él mismo estará ante sus almas, cuando Su voluntad encontrará en ellos una plena y completa respuesta, y cuando ellos mismos no tendrán un pensamiento, deseo, o interés fuera de los Suyos propios,

²⁰ Nos referimos al v.4; al hecho que la nueva Jerusalén viene a ser el tabernáculo de Dios es un muy positivo aspecto de la bendición de los redimidos.

entonces ellos le servirán perfectamente y conforme a Su estándar, porque en toda su obediencia y actividad ellos serán la perfecta expresión de Sus muy benditos pensamientos.

Ellos además verán Su rostro. Leemos de Moisés que Dios le hablaba cara a cara, como un hombre habla a su amigo; y por otra parte, David mandó respecto a Absalón, *“que vuelva a su casa, y no vea más mi rostro”*. Para ver el rostro del Cordero señala por tanto a una intimidad en el goce de Su presencia, un lugar de cercanía como también de honor y bendición. Esto nos habla de la perfecta condición de los santos, ya que Juan escribe, *“porque sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”*.

También Su nombre estará en sus frentes. El primer pensamiento en esta característica es ese de posesión; como es también el caso con los seguidores del anticristo en Apoc.13, pero también se indica otra cosa. El nombre, como lo es constantemente en las Escrituras, es la expresión de lo que es la persona, y así interpretado aquí este significa esa plena semejanza a Cristo que se exhibirá en casa frente, de modo que todos sus redimidos serán el reflejo de Él mismo, en acuerdo con el propósito de Dios de que ellos sean conformados a la imagen de Su Hijo, para que Él pueda ser el Primogénito entre muchos hermanos.

Esto se repite en el siguiente verso (v.5) que allí no habrá noche, porque todo el mal ha sido destruido para siempre, y junto con este las tinieblas que es el símbolo moral de esto. Tampoco los glorificados necesitarán la luz de una lámpara, o del sol, ya sea de luz creada o artificial, porque Dios (Jehová Elohim) les dará luz. En este estado y condición no puede haber una sola necesidad que la presencia de su Dios no satisfaga. Ellos entonces sabrán, lo que nosotros débilmente comprendemos mientras estamos en el desierto, Su toda suficiencia, que sólo Él es la fuente de toda su bendición, y que con Él está la fuente de la vida, y que en Su luz veremos la luz.

Finalmente, se dice, que ellos reinaran para siempre. Durante los mil años ellos reinaran con Cristo; pero, como lo sabemos por 1ª Cor.15, al final de ese período Cristo entregará Su reino mediatorial. *“Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. ²⁵ Porque preciso es que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de Sus pies. ²⁶ Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. ²⁷ Porque todas las cosas las sujetó debajo de Sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a Él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a Él todas las cosas. ²⁸ Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos”* (v.24-28). Es evidente por tanto que las palabras *“reinará para siempre”* no pueden referirse a la asociación de los santos con Cristo en las glorias de Su reino milenial; sino que ellas más bien señalan al reino eterno de Dios, y a la exaltación de los santos como perteneciendo a Cristo, como siendo la esposa del Cordero, en su administración a través de todos los siglos.

Esto forma la conclusión de la descripción de la nueva Jerusalén, y, de

hecho, de todo el libro. Hay advertencias añadidas, e indicaciones especiales de las relaciones de Cristo con la asamblea y la conveniente actitud de la iglesia, y de lo que produce esto, mientras se espera el retorno del Señor; y esto forma el adecuado final a estas solemnes comunicaciones que el Señor ha dado para la guía e instrucción de su pueblo cuya porción es pasar a través de días de dificultad y oscuridad.

APOCALIPSIS 22:6-15. ADVERTENCIAS Y EXHORTACIONES FINALES

El carácter profético de estas comunicaciones se muestra en cada forma posible. En Apoc.19, como hemos visto, Juan dice, *“el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”*; y aquí nuevamente el ángel, que fue enviado para mostrar a Juan las cosas que debían suceder pronto (Apoc.1:1), dice, *“yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios”* (v.9). Es necesario tenerlo en mente, en vista a comprender la naturaleza del libro, y la aplicación de las revelaciones hechas. Es porque esto ha sido olvidado, juntamente con el hecho de que la iglesia no es el sujeto de la profecía, que muchos errores se han cometido en la interpretación de las visiones apocalípticas. Estas advertencias y amonestaciones finales son por tanto de gran importancia, ya que presentan abundante confirmación de la vista tomada en esta exposición, de que todo el libro, después del cap.3 es todavía futuro; y como demostrando la insostenibilidad de lo que se llama “la vista histórica” que considera todas las visiones hasta el cap.19 como ya cumplidas en los eventos históricos pasados, y de la consecuente contención que ahora sólo tenemos que esperar la aparición de nuestro Señor descrita en Apoc.19:11. Esta teoría no puede ser aceptada por aquellos que comprenden el verdadero carácter de la iglesia de Dios como cuerpo de Cristo, y de la esperanza de la iglesia como presentada por el apóstol Pablo en 1ª Tes.4:15-18. Ellos saben que el prospecto inmediato de la iglesia es la venida del Señor para tomar a su pueblo, y que los juicios y ayes revelados en este libro (cuales sean las premoniciones de esto que puede haber habido en el pasado) no pueden caer sobre este mundo, hasta que la iglesia haya sido arrebatada de esta escena para estar en lo alto. Perder esta distinción es perder la verdadera naturaleza de las dispensaciones, y especialmente del período de la iglesia, que abarca el tiempo desde Pentecostés hasta la venida del Señor.

Podemos ahora con mayor inteligencia pasar a considerar esta porción. La exhibición de la santa ciudad, y la bendición de sus habitantes, habiendo sido concluida, el ángel solemnemente confirma la verdad de sus comunicaciones: *“Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que*

deben suceder pronto” (v.6). Jehová Elohim, nos lleva necesariamente atrás al fundamento de la profecía del A. Testamento, y la razón es que el remanente fiel de este libro, después que la iglesia se haya ido, será judío, bajo la ley, y sustentado por esperanzas judías. Este es realmente, el remanente que a menudo encontramos en los Salmos, esperando la venida de su glorioso Mesías, y la restauración y bendición de Sion. La misma conclusión es indicada por el término “*santos profetas*”, y aún más sorprendentemente, si adoptamos la lectura mencionada, “*los espíritus de los profetas*”; y finalmente, se declara expresamente que las cosas dadas a conocer son aquellas que “*deben suceder pronto*”.

El verso siguiente nos presenta un punto de gran interés: “*¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro*” (v.7). El ángel habla en el v.6; y ahora el mismo Señor, este es Su propio testimonio, habla a través de los labios del ángel. La transición del profeta a Él, cuyo ángel (mensajero) era el profeta, se encuentra a menudo en el A. Testamento. Una sorprendente ilustración de esto se encuentra en Zac.11, donde Jehová toma la palabra que su siervo estaba expresando, y claramente, de modo que Él dice, “*Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata*” (v.12). De este modo aquí el mismo Señor, ahora Sus comunicaciones se están acercando al final, anuncia Su rápido retorno; no, si nuestra interpretación es correcta, Su retorno por la iglesia, sino Su retorno a la tierra. Porque este anuncio, como comprendemos, es para alentar y estimular al remanente sufriente en el período entre el rapto de los santos y la aparición del Señor, por tanto, durante el período de la angustia de Jacob, y de la cual, se nos dice, “*Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra*” (Apoc.3:10). Y esto es hecho evidentemente en vista a las terribles tentaciones y seducciones que entonces asediarán a los santos para que renuncien a su testimonio; porque se añade, “*Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro*”. Es esto lo que deleita el corazón del Señor, no el realizar grandes cosas, rendir espléndidos servicios, sino simplemente guardar Su palabra, Su palabra para ese tiempo. “Guardar” aquí es observar. Realizar, y esto envuelve otro sentido de la palabra, “atesorar” y aun otro “mantener firme”; porque no es sino hasta que la Palabra ha sido atesorada en el corazón, y retenida allí, que esta moldea la vida, es de esta forma guardada. Puede percibirse fácilmente que este será un gran estímulo a aquellos que estén rodeados por todos lados con los poderes de las tinieblas. Estar seguros de que el ojo del Señor está sobre ellos, y que Él está viniendo rápidamente para su alivio y libertad, y que lo que Él desea y aprueba, más allá de todo, es su fidelidad a Su palabra, esto será una incesante fuente de sustento y consolación para sus almas. En principio, es casi innecesario decirlo, que esto es también aplicable a los santos hoy, aunque el anuncio especial para ellos está más abajo en el capítulo. El hecho de que Él venga rápidamente es verdadero para los unos y los otros, y Su aprobación, durante Su ausencia, para aquellos que guardan Sus dichos.

En el próximo lugar, el efecto de estas revelaciones Divinas sobre los pensamientos de Juan se nos presenta ahora: *“Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. ⁹ Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios”* (v.8-9). Cuando Juan fue abrumado por las visiones que le fueron presentadas él cayó ante el ángel para adorarlo (Apoc.19:10), y podría sorprender que él nuevamente haga esto que le había sido prohibido; pero debe recordarse, como se ha señalado, que el mismo Señor ha hablado en la persona del ángel, y el apóstol puede haber estado absorbido con esta voz *“He aquí, Yo vengo pronto”*, de manera que olvidó el medio, al ángel, por medio del cual Él había hablado. Pero, aun así, esto no podría permitirse; y el ángel aprovecha esta oportunidad para declarar su propio carácter, y dar fuerza a la verdad de que la adoración sólo es debida a Dios. Esto es más sorprendente, al ver como la adoración de ángeles se ha introducido en la iglesia, mucho antes de que este mismo libro fuese escrito (ver Col.2). Es posible, por tanto, que la equivocación de Juan, hecha dos veces, ha sido registrada con el propósito de condenar una práctica que era entonces prevalente, como también presentarnos clara instrucción acerca de que ningún ser, aunque exaltado, jamás debe inmiscuirse entre Dios y las almas de su pueblo. Bueno habría sido para la iglesia si esta lección hubiese sido recordada.

El ángel da ahora las palabras finales de su mensaje: *“me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. ¹¹ El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía”* (v.10-11). Algunas de las comunicaciones hechas a Juan no debían ser divulgadas. Cuando, por ejemplo, los siete truenos hubieron emitido sus sonidos, y él estaba a punto de escribir, vino una voz del cielo que le dijo, *“sella las cosas que han dicho los siete truenos, y no las escribas”* (Apoc.10). Aquí, por otra parte, todo lo que vio y escuchó debía registrarse para instrucción de los santos aquí abajo hasta el fin; y por la razón que el tiempo no estaba exactamente “cerca”, sino mucho más cercano aun que lo que esta palabra señala. En la vista profética todo estaba terminando, y el fin se estaba acercando rápidamente. Por esta razón es que era importante que todos fuesen advertidos; y de allí el solemne clamor del v.11. Cuando el fin llegara, y el ojo profético ya discernía esto, el estado de las almas sería establecido para siempre. El injusto e inmundo quedaría así para siempre, porque ellos no tendrían nunca más la oportunidad de salir de su condición pecaminosa; y así, de igual manera, el santo y el justo retendría para siempre los benditos caracteres que por gracia habían recibido. Que esta advertencia, todavía resonando desde esta página de la palabra escrita, pueda levantar al descuidado e indiferente en cada lugar, y obligarlos antes que el día de la gracia termine, a humillarse ante Dios, en verdadero arrepentimiento, y fe hacia el Señor Jesucristo.

El mismo Señor interviene, y nuevamente habla en Su propia persona en

los dos versos siguientes, *“He aquí Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. ¹³ Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”* (v.12-13). Como la advertencia del v.11, esta segunda proclamación de la pronta venida del Señor está en vista al final. Y esto con un doble objeto, estimular a Sus siervos, y advertir al malo de la cercanía del juicio. El primero, sin embargo, comprendemos, es el pensamiento predominante en el anuncio, desde la mención de Su recompensa viniendo con Él. Aun esto, es posible que tenga una doble construcción, la idea de recompensa para el malo, en el juicio de los vivos a la aparición del Señor, no debe excluirse aquí. En la primera anunciación de Su pronta venida (v.7), el Señor manifiesta donde debe encontrarse la bendición de su pueblo mientras espera. Él los estimula con el prospecto de la recompensa, recordándoles que se estaba acercando rápidamente el día cuando cada obra hecha por Él, cada acto realizado, y cada testimonio dado, sería abundantemente recompensado. ¡Qué inexpressable gracia! Primero, Él mismo produce en los corazones de su pueblo lo que es conforme a Sus pensamientos; y después los capacita a dar testimonio para Él en medio de la oscuridad moral de este mundo; y finalmente les imputa a ellos, y recompensa, lo que Su propia gracia ha obrado. ¡Bendito sea para siempre Su nombre!

Aquel que anuncia que está viniendo pronto nos es ahora declarado, como su solemne afirmación y certeza. Él es Aquel que fue antes de que cualquier cosa tuviese existencia, y quien será después de que todas las cosas en esta escena hayan pasado, y que existirá a través de todos los tiempos y la eternidad, el Alfa y la Omega, el comienzo y fin de toda existencia, Aquel que eternamente existe en Sí mismo, y que comprende todo ser en Sí mismo, porque es en Él que todos vivimos y nos movemos, y tenemos nuestro ser. Los dos últimos títulos se encuentran en Isaías: *“Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y Yo soy el postrero, y fuera de Mí no hay Dios”* (Isa.44:6). Ningún término, por tanto, podría comunicar más claramente la verdad de la Persona de nuestro bendito Señor, o afirmar más claramente Su verdadera y propia Deidad. Y el significado de esto, viniendo inmediatamente después de la promesa de Su venida, cuando sus ojos hayan sido abiertos, será enseguida comprendido por el remanente probado, y perseguido de los últimos días. Ellos aprenderán de esto que el Mesías, por cuya venida ellos han esperado por largo tiempo, es Jehová Elohim, su Señor y Dios.

Puede dudarse si los v.14-15, han sido expresados por el mismo Señor; ellos parecerían ser más bien un paréntesis, en el cual el Espíritu de Dios llama nuestra atención a las calificaciones esenciales para ser admitidos en la santa ciudad, y al carácter moral de aquellos que han sido excluidos para siempre de sus portales; y él hace esto en el prospecto de la rápida venida del Alfa y la Omega, que recién ha sido proclamado. Él dice, *“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. ¹⁵ Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira”* (v.14-15).

Aceptando la lectura, “*lavado sus ropas*”; en lugar de “*hacen Sus mandamientos*”, nuestra atención es una vez más, y por última vez, dirigida a la importancia de estar en correspondencia moral con el título poseído a través de la preciosa sangre de Cristo. Es entonces enfatizado el hecho, que nadie sino aquellos que han lavado sus ropas, estarán autorizados a comer del fruto del árbol de la vida, y a entrar dentro de la ciudad santa. Todos los que de este modo entren serán comprados con sangre, y tendrán sus ropas lavadas. Hay peligro en este día que esta verdad sea ignorada o negada; y es bueno, por tanto, observar la prominencia dada a esta en las últimas palabras del libro inspirado.

¡Qué contraste se nos presenta en el verso siguiente! Sin duda muchos lectores, aun no convertidos, objetarían el ser incluidos en alguna de estas clases especificadas. Que los tales, sin embargo, piensen que la misma palabra usada “perros” comprende a todos los que son inmundos, y que, de acuerdo con la enseñanza de la escritura, quienes no están bajo el valor de la sangre de Cristo ante Dios son inmundos. Cualquiera, por tanto, que pudiese demandar ser, sobre el fundamento del carácter moral, no tiene en realidad calificación para entrar a través de las puertas dentro de la ciudad, excepto haya lavado sus ropas.

APOCALIPSIS 22:16-21. LA ESTRELLA RESPLANDECIENTE DE LA MAÑANA.

Después del paréntesis de los v.14-15, el mismo Señor reasume su dirección a Juan, si esto no es más bien un nuevo comienzo, que forma un solemne apéndice y conclusión a todo el libro. Él dice: “*Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana*” (v.16).

Aquel que recién había hablado de Sí mismo como el Alfa y la Omega ahora se introduce a Sí mismo como “*Yo Jesús*”; y la plena fuerza de esto es comprendida cuando se observa que el “Yo” es enfático. Esto es “*Yo Jesús*” es decir, “Yo” Aquel conocido en la tierra como Jesús, Jesús de Nazaret, Yo soy quien ha enviado mi ángel para dar testimonio a las iglesias de estas cosas; Yo, que soy el comienzo y el fin, el primero y el último. Esta, por tanto, es la afirmación como se verá también por lo que sigue, de la Deidad de Aquel que, aquí abajo, y como glorificado en lo alto, fue, y es, conocido como Jesús (ver Fil.2:10). Este enfático “Yo” es llevado a la siguiente cláusula: “*Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana*” (v.16).

Este doble carácter de la presentación debe ser ahora considerado.

(1) *Como la raíz de David*. Este es el carácter en el cual Él será la fuente de bendición para la tierra, al cumplir todo lo que es Dios, como revelado en justicia y gobierno. Porque es como Hijo de David que Él reinará; pero Aquel que, como

nacido en el mundo, fue de la simiente de David, fue también Aquel del cual brotó David, porque Él es también el Señor de David. Él, que viene para establecer Su reino, es de este modo también Jehová; entonces leemos, *“Decid entre los paganos que Jehová reina”*; y nuevamente, *“Decid entre las naciones: Jehová reina. También afirmó el mundo, no será conmovido; Juzgará a los pueblos en justicia. ¹¹ Alégrense los cielos, y gócese la tierra; Brame el mar y su plenitud. ¹² Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; Entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, ¹³ Delante de Jehová que vino; Porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, Y a los pueblos con su verdad”* (Sal.96:10-13).

(2) *Como la Estrella brillante de la mañana.* Es como tal que Cristo se presenta a la iglesia como siendo su especial porción. Mientras espera aquí Su retorno. Esta es la tercera vez que Él es así nombrado; y ayudará al lector si consideramos brevemente los pasajes anteriores en los cuales encontramos este título. En 2ª Pedro leemos, *“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”* (2ª Ped.1:19). El Lucero de la mañana en esta escritura es realmente la Estrella de la mañana, ya que Pedro usa la palabra que siempre la designa, su propio nombre, considerando que en Apocalipsis el término empleado señala más bien al tiempo de su aparición. No fue parte de la comisión de Pedro desplegar la verdad de la iglesia, tampoco, posteriormente, aquella de la venida de Cristo por su pueblo. Para él se trató siempre de la aparición de nuestro Señor en gloria como algo que introduciría al reino; y es de esto que él habla cuando describe la gloria, y majestad de nuestro Señor sobre el monte de la transfiguración. Aun así, él estaba consciente de otra gloria, como el heraldo del reino, que nuestro Señor poseía, como Estrella de la mañana, y que estimularía los corazones de los santos, mientras esperan la gloriosa aparición del Señor. La estrella de la mañana brilla, al filo de la noche, como presagiando el día. Pasando a Apoc.2, encontramos que el Señor, estimulando al vencedor, dice *“y Yo le daré la estrella de la mañana”*. La estrella de la mañana brilla en los cielos mientras el mundo todavía está durmiendo; pero el solitario vigilante es alentado con su brillo y rayos de plata, porque estos le dicen que la noche pronto pasará, y que el sol se levantará rápidamente e introducirá el día. Pero el creyente sabe algo más, cuando él está ocupado con Cristo como la estrella de la mañana, incluso antes de que Cristo ascienda a los cielos y se levante sobre el mundo como el Sol de Justicia, él y todos los santos, serán tomados en las nubes para encontrarse con Él en los aires, para estar con Él, antes de Su retorno en gloria. Cuando el Señor de esta forma dice al vencedor en Tiatira, *“le daré la estrella de la mañana”*, esto significa que él poseerá a Cristo en este carácter, con la promesa de asociación con Él en gloria celestial, como su sustento y aliento en medio de la noche de corrupción que se ha establecido entre el pueblo profesante de Dios.

Así, en nuestra escritura, Jesús se manifiesta a Sí mismo a la iglesia en este aspecto de Su belleza celestial, para atraer el corazón a Él mismo, y recordarle a la iglesia que su período de espera está a punto de terminar, y para

asegurarle que Él está esperando, como ella también espera, por el momento cuando Él se la presentará a Sí mismo. Al conocer a Cristo, entonces, como la Estrella resplandeciente ²¹ de la mañana, la iglesia, y los creyentes individualmente, deben ser vigilantes; y en la misma proporción en la cual esta posición es mantenida, habrá gozo al ocuparse con Él en este carácter.

En el próximo verso tenemos el efecto de esta presentación: “*Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente*” (v.17). La conexión con el verso anterior es de la más íntima forma. Este es de hecho la manifestación de Cristo a la asamblea, como la Estrella resplandeciente de la mañana, la que despierta sus afecciones, y produce en el poder del Espíritu los deseos en ella por Su retorno. Esto no sería posible, excepto sus relaciones con un Cristo celestial hayan sido previamente conocidas y gozadas; pero estando segura de su unión con Él, y también de su propia eterna porción en Su amor, aun mientras está en el desierto, desde el momento que ella lo percibe, como presentado así, el santo ardor de sus afecciones se manifiesta en el clamor, “*Ven*”. Nada podría mostrar más claramente que la iglesia no es de la tierra, sino del cielo, celestial en su origen, y carácter, y nada podría revelar más claramente que el secreto de esperar, esperar con deseos por la venida del Señor, es una cosa completamente del corazón. Donde esté el tesoro, allí también estará el corazón, y que Cristo es el tesoro de la esposa se ve aquí en la intensidad de su expresión de la palabra “*Ven*”.

Es sin embargo el Espíritu y la esposa quienes dicen, *Ven*; es decir, que el clamor es producido por el Espíritu en la iglesia. Ella lo levanta, pero es Él quien la ha llamado a esto, y de esta forma se nos permite ver en este lugar. La iglesia como el vaso, el voluntario vaso del Espíritu Santo; porque es Él quien dirige su mirada hacia arriba a la Estrella resplandeciente de la mañana, y produce el deseo y la expresión por Su venida. Esto nos muestra lo que debiese ser la actitud normal de la iglesia. Además, cada uno que escucha es invitado a unirse a esta expresión. Esto incluye a cada creyente, porque la actitud de la iglesia debiese ser aquella de los santos individualmente. Dondequiera, por tanto, que este clamor es escuchado, cada hijo de Dios, aunque defectuoso como pueda ser su conocimiento de la verdad, es incitado a volver su rostro hacia Cristo, como la Estrella resplandeciente de la mañana, y a decir, *Ven*. Que esto pueda ser así; porque esta sería la señal de un bendito avivamiento, que dispondría a un pueblo preparado para el Señor. El Espíritu en la iglesia dirige su atención, después, a cada alma sedienta, a todos los que están en ansiedad espiritual, y que están buscando satisfacción; y como poseyendo ella misma el agua viva, y como representante de Cristo sobre la tierra, ella invita a todos los sedientos a venir, o ella no sería verdaderamente la exponente de la gracia, del corazón de Dios, ninguna alma sobre la faz de la tierra debiese ser omitida; entonces ella clama, finalmente, “*Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida*

²¹ La adición de la palabra “resplandeciente” probablemente significa que, para el alma en espera, Su resplandor será más brillante a medida que la oscuridad se hace más pesada a su alrededor.

gratuitamente".

De este modo tenemos aquí, como se ha observado, todo el círculo de las afecciones de la iglesia, y puede añadirse, de estas afecciones en su orden divino. Cristo mismo ocupa el lugar supremo, después vienen los creyentes individualmente; y finalmente hay preocupación por las almas, y los pecadores son invitados. Para tomar las palabras prestadas por otro: "La iglesia puede mirar arriba y decir al esposo, Ven; ella puede mirar hacia abajo y a su alrededor, y decir al alma sedienta, Ven, si, a cualquiera, Ven y bebe del agua de la vida gratuitamente. Este es un cuadro muy hermoso de toda su posición".

La integridad de estas comunicaciones divinas es ahora solemnemente asegurada, "*Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.* ¹⁹ *Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro*" (v.18-19).

La importancia de estas revelaciones no podría haber sido más celosamente protegidas. En Apoc.1 se dice, "*Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca*", y ahora en conclusión el mismo Señor da testimonio a cada uno que escucha leer el libro, que los más terribles juicios caerán sobre el hombre que añada, y corrompa así, lo que ha sido comunicado; y de igual forma, si alguno le quitase, este sufrirá la penalidad de exclusión del árbol de la vida y de la ciudad santa (comp.Dt.4:2 y 12:32) La palabra de Dios es perfecta, e intentar mejorarla, ya sea por adición o disminución, no sólo es delatar la locura del pensamiento humano, sino también exponer a aquel que intenta hacer así al juicio de Dios. El racionalismo en sus muchas formas es de este modo, y para siempre, condenado. Y mientras admitiendo que estas palabras de advertencia se aplican al libro de Apocalipsis, no es poco significativo que estas ocurren al final del canon de la inspiración. Como Dios puso un querubín a oriente de Edén, con una espada encendida para guardar el camino al árbol de la vida, Aquel que es el Alfa y la Omega, el comienzo y el fin, el primero y el último, pone Su espada de doble filo, que también debe guardar e impedir cualquier ataque contra la perfección de Su veraz y santa Palabra.

Una palabra más, y su testimonio es completado: "*El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve*". Este es el último anuncio de nuestro bendito Señor; y es una solemne confirmación de Su pronto retorno. Es verdad que han pasado casi dos mil años desde que estas palabras fueron expresadas, pero este hecho aumenta más bien que disminuye su importancia. Estas advierten a la iglesia en todos los tiempos que su propia actitud es aquella de espera, y la estimula por medio de la seguridad de que la consumación de su bendición está cerca. Que ella ha olvidado su brillante y bendita esperanza es demasiado patente; pero el Señor está ahora buscando de muchas formas, y con creciente urgencia, recordarle su verdadera posición. El clamor, "*He aquí el esposo*", levantado muchos años atrás, y después, ¡ay!, por un tiempo casi

silenciado, está nuevamente resonando en muchos reavivados corazones. Que Su pueblo pueda velar y orar, ora mientras vela, para que muchos que ahora están sepultados en el sueño puedan ser despertados al goce de esta bendita esperanza, de manera que pueda ser aparente a todos que ellos están esperando por el Hijo de Dios desde los cielos. Y aquellos que están especialmente conectados con el testimonio en estos últimos días, sean ellos mismos puestos bajo el poder de la espera de Cristo, para que puedan proclamar continuamente, como mensajeros del Señor, estas benditas palabras de consolación y esperanza, “*Ciertamente vengo en breve*”,

Juan, usado por el Espíritu para expresar cual debiese ser la respuesta de cada verdadero santo, responde a esta declaración final, “*Amén; sí, ven, Señor Jesús*”. La venida del Señor en las nubes en Su aparición pública para juicio, es proclamada en Apoc.1, Juan también dice, “Si, amén” esto muestra no sólo un corazón en sujeción a Cristo, sino uno también en comunión con Sus pensamientos y objetos. Lo que Cristo anuncia Juan lo acepta como la expresión de Su perfecta voluntad. Pero hay más que esto en nuestra escritura; y esta es la feliz respuesta de su propio corazón ante el prospecto de pronto ver al Señor cara a cara, y de estar para siempre con Él. En la actitud de Juan, por tanto, como se nos presenta aquí, vemos lo que debiese ser la actitud de cada creyente, y cuál será la actitud cuando Cristo posea las afecciones del corazón. Podemos, por tanto, desafiar a nuestros mismos corazones, al leer estas palabras del apóstol, en cuanto a si ellas expresan nuestras propios sentimientos y deseos. Es muy hermoso ver, al mismo final de las Escrituras, la actitud de Cristo en relación con la iglesia, y la actitud del santo en relación con Cristo.

El mismo apóstol, como guiado por el Espíritu Santo, concluye su obra y misión con el mensaje, “*La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.*” Adoptando la mejora, “*con todos los santos*”, que vista se nos presenta de este modo, cuando el libro inspirado se cierra, dentro del corazón de Cristo, realmente dentro del corazón de Dios. Todos los santos son recordados, y es Su deseo que la gracia de nuestro Señor Jesucristo pueda estar con ellos. ¡Puedan los corazones del amado pueblo de Dios ser crecientemente ensanchados para comprender y gozar esto! ¡Puedan los corazones de los lectores, y del escritor de estas líneas, jamás moverse en un círculo más estrecho que el de las propias afecciones de Dios!

RESUMEN Y CONCLUSIÓN.

Antes de cerrar nuestro estudio de este libro, puede ser útil al lector general, presentar un breve bosquejo de sus contenidos. Después de la introducción o saludos (Apoc.1:1-6), tenemos el anuncio de cual es realmente el sujeto o tema del libro, la aparición de nuestro Señor en gloria, como Juez de toda la tierra, juntamente con la afirmación de su certeza ligada con la revelación de todo lo que Él es como Aquel que existe en Sí mismo, tenemos la visión, concedida a Juan, de Jesucristo, como Hijo del hombre, andando en medio de los candeleros de oro, vigilando y pronunciándose sobre su condición como estimada por Él a cuyos ojos son *“como llama de fuego”*.

En esta conexión se encuentra la clave al libro, en la triple división, que el mismo Señor comunicó a Juan, cuando le mandó *“escribe las cosas que has visto, las que son, y las que han de ser después de estas”* (Apoc.1:19). Las cosas que Juan ha visto comprenden la visión del primer capítulo; *“las cosas que son”* se relacionan al período de la iglesia, como mostrada proféticamente en las cartas a las siete iglesias (Apoc.2 y 3); y *“las cosas que serán después de estas”* que se refieren a los eventos que tendrán lugar, después que la iglesia haya sido quitada de esta escena, preliminar a, e incluyendo, el retorno del Señor con Sus santos, la destrucción de los poderes hostiles, el reino milenial, el gran trono blanco, y el estado eterno; de hecho, todo lo que está registrado en Apoc.4-22.

En Apoc.2 y 3 tenemos un bosquejo profético del período de la iglesia, el curso público del Cristianismo como visto en el mundo, mezclado con instrucciones, advertencias y estímulos para los santos de Dios de cada edad.

Apoc.4 y 5 tienen un carácter especial como instrucción a los que sigue. En el cap.1, vemos a Juan en la isla de Patmos; en el cap.4, él no solo ve una puerta abierta en el cielo, sino que él es llamado a subir hasta allí, el lugar de la iglesia ahora, el único lugar verdadero de visión, para que pudiese ver *“las cosas que han de ser después de estas”*. Dios como Creador, en pacto con la creación, con los 24 ancianos sobre tronos, rodeando Su trono, los siete espíritus de Dios, señales de juicio procediendo desde el trono, el mar de cristal delante, y los seres vivientes alrededor del trono ofreciendo su perpetua alabanza, acompañados con la adoración de los ancianos, estos son los temas de este capítulo. Pero es Jehová, como Creador quien es celebrado (v.11). En Apoc.5 tenemos el cántico de redención, en el cual, de acuerdo con sus respectivas posiciones, todas las cosas creadas se unen; y esta es la consecuencia de la introducción del “Cordero como inmolado”, quien solo, como el león de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro de los consejos de Dios, y desatar sus sellos, desplegar estos consejos, y en su cumplimiento vindicar todo lo que es Dios en gobierno sobre la tierra.

Después se detalla la apertura de los sellos (Apoc.6:1-17). Después de los seis primeros sellos hay una pausa, y en Apoc.7 es sellado un remanente de las

doce tribus de Israel para ser preservado a través de los juicios que han de seguir, y una multitud de Gentiles es vista como destinada a ser llevada a través de la gran tribulación, y para ocupar un lugar especial de bendición ante el trono de Dios, y servirle día y noche en Su templo, mientras Aquel que se sienta sobre el trono morará en medio de ellos, y ellos mismos estarán bajo el pastoreo especial del Cordero, y en el goce de las consolaciones divinas. Después de este intervalo se abre el séptimo sello, y éste es seguido por las siete trompetas (Apoc.8:2-11:18) pero entre las trompetas sexta y séptima se introduce el episodio de un “poderoso ángel” con un libro pequeño en Su mano, tomando posesión del mar y de la tierra, y quien expresa el solemne juramento, que ahora no habría más retraso (Apoc.10); y también se nos presenta la medición del templo, del altar, y de aquellos que adoran en él, juntamente con el testimonio y la muerte y resurrección de los dos testigos (Apoc.11). La séptima trompeta expresa el fin, y la soberanía del mundo en manos de nuestro Señor Jesucristo.

Hay, debe notarse, siete sellos y siete trompetas. La distinción entre ellos parecería ser aquella hecha por nuestro bendito Señor, en Mt.24, entre el “*principio de dolores*”, y “*la tribulación tal como no ha habido desde el comienzo del mundo hasta este tiempo, ni la habrá después*”. Los primeros seis sellos introducen, por tanto, los juicios preliminares: terminados estos, hay una pausa en el cielo antes de que comiencen los juicios más severos, anunciados por las trompetas, y que terminan con el establecimiento en el mundo del reino de Cristo.

Antes que los “*siete ángeles, teniendo las siete últimas plagas*” aparezcan, varios distintos temas intervienen, aunque relacionados, en vista a desplegar las causas y el objeto de Dios al tratar de este modo en juicio con la tierra y sus opresores. En Apoc.12 hay “un breve, pero importante resumen de todo el curso de eventos, vistos, no en sus instrumentos sobre la tierra o los juicios de estos, sino la vista divina de todos los principios en obra, el estado de cosas como revelado por Dios”. Después tenemos la visión de “*la mujer vestida con el sol, y con la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona con doce estrellas*” (v.1). Israel, visto en el propósito de Dios, y el nacimiento del “*Hijo varón*”, a quien el dragón trata de devorar, pero quien es arrebatado para Dios y Su trono. A esto sigue la guerra en el cielo, y Satanás y sus ángeles son expulsados de allí y echados a la tierra, la consecuencia de esto es gozo para el cielo, y aflicción para la tierra (v.12). Este evento es celebrado en el cielo como el anticipo del fin y del establecimiento del “*reino de nuestro Dios, y del poder de Su Cristo*” (v.10). Satanás, expulsado del cielo, vuelve toda su enemistad contra la mujer y su simiente, pero ellos son preservados por medio de la protección y cuidados providenciales de Dios. En Apoc.13, los dos grandes instrumentos de Satanás para la ejecución de sus designios aparecen en la escena, la primera bestia, el cabeza del imperio Romano reavivado, quien recibe del dragón “*su poder, su trono, y gran autoridad*”, y la segunda bestia (v.11), el anticristo, quien actúa como profeta para la primera de las bestias, y que “*hace que la tierra y todos los que moran en ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal había sido*

sanada” (v.12).

Llegando a Apoc.14 la cortina es levantada, y el remanente Judío, los 144.000, son vistos con el Cordero sobre el monte Sion. El resultado de su camino de sufrimientos es mostrado antes que ellos pasen a través de la angustia de Jacob. Esta escena de luz y bendición es seguida por tres ángeles con varias proclamaciones: la primera, la predicación del evangelio eterno; la segunda, el anuncio de la caída de babilonia; y la tercera, la penalidad para aquellos que adorasen a la bestia y su imagen, o recibiesen la marca de su nombre (v.11). Después, tenemos la revelación del cielo concerniente a la bendición de aquellos que muriesen en el Señor *“desde aquí en adelante”*, y los juicios de la siega y la vendimia. Apoc.15 nos muestra otra señal en el cielo, *“Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios”* (Apoc.15:1) Pero antes que estos ángeles vacíen sus copas de oro, los bienaventurados muertos, referidos en Apoc.14:13, son vistos en el cielo, de pie sobre un mar de cristal, teniendo en sus manos las harpas de Dios, y cantando el cántico de Moisés, y el cántico del Cordero (v.2-4). Después son derramadas las copas. El lector debe consultar la exposición para comprender su carácter, pero la atención nuevamente puede ser llamada a dos cosas: primero, la similaridad de los juicios, aunque intensificados, con aquellos conectados con las trompetas; y al hecho que ellas deben ser, en gran medida, puesto que, como las trompetas, igualmente con las copas, llegan al fin, y son contemporáneas con las trompetas.

Desde Apoc.17:1 a 19:4, tenemos la descripción y el juicio de Babilonia, junto con sus consecuencias sobre la tierra. La oposición entre los pensamientos del hombre y los de Dios son forzosamente descritos en la lamentación universal sobre la tierra, y en la explosión de gozo, sobre la destrucción de Babilonia (18:9-20).

El resto del libro es fácilmente descifrado. Hay una secuencia directa en los eventos registrados desde cap.19:5-21:8, primero, tienen lugar las bodas del Cordero en el cielo; después Él sale de allí sobre un caballo blanco, seguido por Sus ejércitos celestiales montados sobre caballos blancos, para un victorioso juicio. Este es el cumplimiento de Apoc.1:7. Sus enemigos, guiados por la bestia y el falso profeta, son tomados y destruidos, y los dos líderes son arrojados vivos al lago de fuego y azufre (Apoc.19:20-21), Satanás es arrojado al abismo y atado, por mil años; y aquellos que han sido martirizados, y quienes han resistido las seducciones y el poder de la bestia y el falso profeta, son añadidos a la primera resurrección, *“y ellos vivieron y reinaron con Cristo mil años”* (v.4-5). Al final de este período Satanás es suelto, y el hombre es probado por última vez. Las naciones son engañadas, y se reúnen una vez más contra el Cristo de Dios, solo para ser consumidos con el fuego divino, mientras Satanás es relegado a su destino y condenación eterna en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta (v.7-10). A esto sigue el juicio ante el gran trono blanco, y el juicio de los muertos malos, que pone fin a todos los tratos de Dios con el hombre. Después tenemos los nuevos cielos y tierra, y el tabernáculo de Dios con los

hombres, en una palabra, el estado eterno (Apoc.21:1-9) Y siguiendo a esto, somos llevados atrás para contemplar las glorias de la ciudad celestial en relación con la tierra milenial (Apoc.21:9 y 22:1-5); y entonces el libro termina con advertencias, estímulos, y exhortaciones, y se sella con el anuncio, *“Ciertamente vengo en breve”*.

Pueda el lector y el escritor ser capaces de responder con Juan, *“Amén, ven Señor Jesús”*.

E. DENNETT